

RECUPERANDO EL PATRIMONIO LITERARIO ESPAÑOL: los *Cuentos espiritistas* de Amalia Domingo Soler

CRISTINA CENTELLES PELÁEZ
Universidad de Málaga

Recepción: 8 de octubre de 2022 / Aceptación: 20 de febrero de 2023

Resumen: En pleno siglo XIX, Amalia Domingo Soler (1835-1909) se erige como una figura fundamental para el estudio y difusión del espiritismo, además de convertirse en una de las principales defensoras del librepensamiento y de los derechos humanos de los más necesitados y abandonados por la sociedad decimonónica. A través del estudio de sus *Cuentos espiritistas* se observan las principales ideas de la doctrina espiritista, relacionadas con temas universales tratados desde la óptica de su tiempo y abordados mediante la crítica social. Así, el objetivo de este artículo es recuperar parte del patrimonio literario español de la época, resaltando la vertiente más narrativa y artística de la autora.

Palabras clave: Amalia Domingo Soler, siglo XIX, espiritismo, *Cuentos espiritistas*, crítica social.

Abstract: In the middle of the 19th century Amalia Domingo Soler (1835-1909) stands as a fundamental figure for Spiritism's study and diffusion. In addition, she became one of the principal advocates of freethinking and human rights for the most needy who were abandoned by the nineteenth century society. Through the study of her *Cuentos espiritistas* the main ideas of the spiritualist doctrine can be observed. These ideas are related to universal themes and are treated from the perspective of her time and approached by a critical social stance. The objective of this article is to recover part of the Spanish literary heritage of that time and to highlight the most narrative and artistic side of the author.

Keywords: Amalia Domingo Soler, 19th century, Spiritism, *Cuentos espiritistas*, social complaints.

INTRODUCCIÓN

Amalia Domingo Soler (1835-1909) no solo es considerada una de las máximas autoridades de la doctrina espiritista a nivel nacional e internacional, sino también una verdadera librepensadora y defensora del progreso social, que promovió cuestiones como, por ejemplo, la igualdad entre géneros, la educación de la mujer o la defensa de las personas más desamparadas de la sociedad decimonónica.

Los valores de la doctrina espiritista casan totalmente con la misión social que sentía esta autora, quien narró en sus *Cuentos espiritistas* las historias de la vida real de diversos personajes, los cuales eran sus propios amigos y conocidos, pertenecientes a la mayoría de los estratos sociales del momento, desde la burguesía hasta la clase obrera, obteniendo mayor protagonismo todas aquellas personas que sufrían dolencias físicas y morales o emocionales.

Tanto las miserias de todas estas personas como los diferentes sucesos sobrenaturales de los que son testigos y que se exponen en los cuentos se relatan con un gran sentimentalismo y una considerable voluntad estilística. El discurso de Amalia Domingo Soler se llena de variados recursos literarios y símbolos que enriquecen una obra llena de temas universales como, por ejemplo, las dudas existenciales sobre la vida y la muerte, el amor o la denuncia social y, también, realmente interesantes, como los relativos al espiritismo.

Queda claro que el objetivo de la autora al escribir esta obra era el de la difusión de los ideales, valores y beneficios de la doctrina espiritista, así como expresar a sus lectores sus preocupaciones sobre el atraso moral y social de la España del momento y convencer de la necesidad de progreso. Mientras, el propósito de este artículo reside en acercarnos a la literatura femenina del siglo XIX y recuperar parte del patrimonio literario español de la época, estudiando y sacando a la luz la faceta más artística y narrativa de Amalia Domingo Soler, la cual es mucho menos conocida que la relativa a la propaganda espiritista y escritos periódicos.

EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

Como se especificará más adelante, Amalia Domingo Soler fue considerada por sus contemporáneos y por estudiosos posteriores como una auténtica autoridad en los círculos espiritistas tanto nacionales como internacionales. En este sentido, su figura se reivindicó, sobre todo, a raíz de su muerte, cuando sus seguidores reeditaron sus obras, aunque sin criterios académicos ni científicos. Sin embargo, fuera de la esfera del estudio y difusión de la doctrina espiritista, el nombre de la autora ha permanecido prácticamente ausente en nuestra historia de la literatura.

De esta manera, su biografía ha sido investigada y expuesta por autores como Ramos Palomo (2005) u Ortega (2008) y sus escritos activistas, propagandísticos y periódicos han sido tratados por numerosos autores como, por ejemplo, Vicente

Villanueva (2018), combinados con la gran información que podemos encontrar sobre espiritismo en general: Chaves (2020), García Tejera (2007), Graus (2019), entre otros. Sin embargo, muy pocos han abordado las demás obras de la autora como, por ejemplo, las que se incluyen dentro de la narrativa y, en concreto, los *Cuentos espiritistas*. Entre esos estudiosos destaca la investigadora Amelina Correa, quien ha trabajado sobre la figura de Amalia Domingo Soler estudiando su biografía, obras de temática espírita y papel de gran relevancia para el cambio social, así como su defensa de derechos humanos básicos que en la sociedad decimonónica estaban siendo ignorados y, por tanto, la consiguiente crítica a dicha sociedad.

Por su parte, también las estudiosas Christine Arkininstall (2014) y Simón Palmer (1993) han reconocido y apreciado la personalidad de Amalia Domingo Soler como la mujer que posee más significancia en el movimiento del librepensamiento, una de las pioneras en la defensa de la emancipación femenina y sus derechos civiles, además del pensamiento anticlerical de manera activa.

También, es preciso destacar a Pédeflous (2013), quien sí que realiza un breve análisis de los *Cuentos espiritistas* aunque comparando sus características a las de la novela folletinesca del siglo XIX, así como sus similitudes con la literatura regeneracionista y anarquista, sin contar apenas con las singularidades del Romanticismo que apreciaremos y que analizaremos en este artículo. De hecho, incluso, rechaza la presencia de rasgos románticos y fantásticos en la obra de Amalia Domingo Soler, defendiendo que los textos espiritistas se centran en demostrar y convencer a los lectores sobre la veracidad y beneficios de la doctrina, presentando los fenómenos sobrenaturales como auténticos, mientras que los relatos fantásticos poseen incertidumbre y duda sobre la autenticidad de estos sucesos, sin tomar partido por una explicación u otra.

Tras el análisis de la obra de nuestra autora, podemos discrepar con la idea de que «el espiritismo no habla nunca de espíritus malos que influenciarían a los humanos. Además, en la doctrina espiritista, el espíritu, si no se ha encarnado en un cuerpo no tiene apariencia material» (Pédeflous, 2013: 154). No obstante, a pesar de que Amalia Domingo Soler, por supuesto, tenía el objetivo principal de defender la existencia de estos fenómenos, en su obra sí que encontramos también esa materialización, tal y como expondremos más adelante. En sus cuentos están presentes apariciones de fantasmas que atormentan a los personajes, así como posesiones por espíritus malignos o el movimiento, claramente visible, de objetos.

Por todo ello, lo que se pretende aportar con este artículo es un análisis exhaustivo de la obra narrativa *Cuentos espiritistas* (1925), apreciando los aspectos relativos a la doctrina y temática del espiritismo y de la denuncia social pero, también, estudiando su estructura y destacando otros temas como las dudas existenciales, la vida, la muerte o el amor, envueltos en una atmósfera sentimental y ocultista y relatados con un cuidado estilo lleno de símbolos y recursos que pueden relacionarse, junto con los temas mencionados, con el movimiento romántico de finales del siglo XIX, época en la que se inscribe la autora y su obra.

AMALIA DOMINGO SOLER (1835-1909): DATOS DE VIDA Y OBRA

Comenzando por su biografía, sirviéndonos de la autobiografía que escribió la propia Amalia Domingo Soler junto con el autor C. Fernández (1990), sabemos que nació en Sevilla en 1835 y que su infancia estuvo marcada por la pobreza y por sus problemas de vista. Sin embargo, su madre, Manuela Soler Pinto, hizo todo lo posible para velar por su salud, intentando que médicos y farmacéuticos remediasen su ceguera y, además, preocupándose personalmente por su educación y aprendizaje. De hecho, a pesar del desinterés de Amalia Domingo Soler por la lectura y sus dificultades visuales, su madre, gracias a su perseverancia, consiguió enseñarle a leer con tan solo dos años, pudiendo leer ya correctamente a los cinco. Igualmente, tal y como la propia autora señala en su autobiografía, la educación moral que recibió por parte de su progenitora fue realmente enriquecedora, inculcándole desde sus primeros años de vida valores como la honestidad o la generosidad, incluso sufriendo ellas mismas las crueles condiciones de la miseria.

Además, estas lecciones y enseñanzas fueron transmitidas a la futura escritora con un gran respeto y cariño, fruto del inmenso amor maternal, el cual es un tema y aspecto protagonista en la mayoría de obras de nuestra autora, que alaba y resalta continuamente, como ya analizaremos. Para Amalia Domingo Soler, el amor, la concordia y el acuerdo son las claves para la adecuada y satisfactoria educación de los hijos, además de su felicidad, tal y como ella misma fue educada por su madre, lejos de la educación bajo el miedo y el terror: «Mi respeto y mi veneración estaba exenta de temor, porque nunca me pegó: así es que yo jamás temblé ante el castigo, [...] la grandeza de su espíritu me asombraba y me dominaba de tal manera que una palabra suya era una orden terminante para mí» (Domingo Soler, 1990: 39).

Siguiendo con la educación académica de nuestra autora, esta quedó interrumpida cuando tenía diez años debido a los escasos recursos que poseían. Por ello, durante su adolescencia Amalia Domingo Soler aprendió el oficio de la costura y trabajó de ello en precarias condiciones junto a su madre. En cuanto a su padre, como expone Vicente Villanueva (2018), se desconoce si las abandonó o murió cuando contaba con diecisiete años. Por tanto, nuestra escritora quedó completamente desolada cuando su madre murió varios años después, considerándose huérfana con veinticinco años, habiendo perdido a su único apoyo y fuente de amor, como se ve reflejado en su autobiografía (Domingo Soler y Fernández, 1990).

A raíz de esto y a causa de su complicada situación económica, las únicas posibles opciones que podría haber tenido para seguir subsistiendo al ser una mujer del siglo XIX, según Mourenza (2006), habrían sido el matrimonio, el convento o la prostitución. Sin embargo, conforme a las investigaciones de Vicente Villanueva (2018), gracias a su disposición trabajadora y la ayuda económica de unos parientes, viajó a ciudades como Tenerife y Madrid con el objetivo de seguir ganándose la vida como costurera y, además, publicar escritos que había acumulado

durante varios años. De hecho, ya en 1858 la revista *Museo Literario* publicó algunos de los poemas que escribió cuando contaba con tan solo diez años, alentada por su madre, quien le recomendó plasmar por escrito sus sentimientos de tristeza derivados de su difícil infancia.

A partir de entonces, aunque «el modo como subsiste nuestra autora esos años es el reflejo vivo de lo que podemos leer en las novelas de Pérez Galdós cuando retrata a una clase media madrileña que quiere aparentar una situación económica desahogada» (Simón Palmer, 1993: 732), comenzamos a observar cómo diversas revistas publican sus textos. Ejemplos de ello son las revistas *Álbum de las familias*, *El Cero* o *El Amigo de las Damas*, que recogen artículos de nuestra autora de temas «muy convencionales» para Vicente Villanueva (2018: 60), por lo que «nada hacía presagiar a la futura espiritista y feminista» (2018: 61).

Estas facetas espiritistas y feministas se debieron, seguramente, a las diversas dificultades a las que tuvo que enfrentarse la autora a lo largo de su vida, a la pobreza, la soledad y problemas de salud de los que fue víctima desde muy joven. De este modo, por un lado, el espiritismo y la fe en Dios fueron un consuelo y refugio para su dolor, así como su salvación frente a la idea del suicidio, tema también muy recurrente en sus *Cuentos espiritistas* (1925), obra protagonista de este artículo y que analizaremos más adelante. Por otro lado, las injusticias sociales de su tiempo observadas, y también experimentadas por ella misma, la llevaron a reivindicar derechos humanos como la educación, la sanidad o el alimento y denunciar la precaria situación laboral de las bajas clases sociales o el egoísmo y escasa caridad de la sociedad de su época, por ejemplo, prestando mayor atención a las mujeres y a los niños, protagonistas principales de sus *Cuentos espiritistas*, tratados con mayor crueldad por parte de la ciudadanía del momento.

En cuanto a la materia espírita, es preciso señalar que, tal y como indica la propia Amalia Domingo Soler (1990), fue un amigo suyo, un médico defensor de la doctrina filosófica del materialismo, quien dio a conocer a nuestra autora el espiritismo. Así, aunque su amigo le habló sobre esta doctrina espiritista para criticarla negativamente y desacreditarla, a ella le despertó un gran interés, defendiendo que quizá le ayudaría a disipar las dudas existenciales que la atormentaban y que, a pesar de poseer fe cristiana, la religión o, más bien, la Iglesia católica, no le contestaba: «Yo creo que cuando una religión no responde con sus argumentos concluyentes a las preguntas que le hacen los que rezan su credo, aquella religión no reúne la suma de conocimientos necesarios para llevar el convencimiento racional a sus adeptos» (Domingo Soler, 1990: 73).

Consiguientemente, como ella misma indica en su autobiografía (1990), comenzó a leer todos los escritos y estudios sobre el espiritismo que estuvieron a su alcance y, es más, ya en 1872 inició su colaboración con la revista *El Criterio Espiritista*, la cual empezó a publicar varios artículos suyos que giraban en torno a la temática espiritista. Asimismo, comenzó a formar parte de las sesiones de la Sociedad Espiritista Española y a recibir comunicaciones de espíritus gracias a varios

médiums. Tras esto, se mudó a Barcelona, donde vivió gracias al mecenazgo de varias familias para las que trabajó como médium.

La familia más destacada fue la de Luis Llach Humet, quien, junto con su mujer y dos hijos, acogió a nuestra autora en su hogar y le aconsejó que se dedicase totalmente a su tarea intelectual, al estudio del espiritismo y su difusión, dejando de lado sus labores de costura. Llach valoraba considerablemente el trabajo de Amalia Domingo Soler como espiritista y difusora de la doctrina, por lo que se comprometió a atender todas sus necesidades para que ella simplemente pudiese centrarse en su profesión de escritora y espiritista.

Allí, en la ciudad barcelonesa, se convirtió en una gran propagandista de la doctrina y portavoz oficial de esta en la prensa, defendiéndola de los ataques que recibía por parte de la Iglesia católica en Cataluña, tal y como indica Simón Palmer (1993).

De este modo, Amalia Domingo Soler escribió numerosos artículos en respuesta a estas ofensivas que se recogen en libros como *El espiritismo refutando los errores del Catolicismo romano*, *El Diluvio o Impresiones y comentarios sobre los sermones de un escolapio y un jesuita*, como expuso en sus memorias (1990). En síntesis, en ellos defendía que el espiritismo se trata de una ciencia y evolución filosófica que estudia la naturaleza, el origen y el destino de los espíritus, además de sus relaciones con lo corporal y terrenal, y cuyo objetivo último es la regeneración de la sociedad, en contra de todos aquellos que lo criticaban exponiendo que era una secta.

Siguiendo con sus obras de temática espiritista, un tema muy recurrente en los *Cuentos espiritistas* que analizaremos en el presente artículo es el de la comunicación con los espíritus, la cual es uno de los principios del espiritismo. La fuerte convicción de nuestra autora sobre la veracidad de estas comunicaciones se plasma tanto en las obras que escribió ella misma defendiendo estos mensajes, tal y como acabamos de destacar, como en las que le fueron dictadas desde el más allá a través de médiums. Ejemplo de este último tipo de obras es *¡Te perdono! Memorias de un espíritu o Memorias del Padre Germán*, publicada en la revista *La Luz del Porvenir* (1997). Como explicó la propia Amalia Domingo Soler en sus memorias (1990), se trata de una serie de textos obtenidos gracias a las comunicaciones entre este padre y un amigo de la autora: Eudaldo. Es más, la segunda parte de la autobiografía de nuestra escritora, *Memorias de la insigne cantora del espiritismo* (1912), se publicó tres años después de su muerte, debido a que la obra fue dictada por ella desde el más allá y redactada por su médium.

Continuando con la década de los ochenta, a partir de entonces, Amalia Domingo Soler comenzó a publicar numerosos artículos en *La Luz del Porvenir*, una revista de la que acabó siendo directora y que estaba dedicada a la mujer y escrita únicamente por mujeres librepensadoras del momento, sobre todo espiritistas, y, según Vicente Villanueva, «las más conocidas representantes del feminismo laico: Rosario de Acuña, Ángeles López de Ayala, Amalia Carvia, Belén de Sárraga,

María Trulls, Palmira de Bruno, Carmen de Burgos y otras» (2018: 70). En definitiva, el objetivo de estas autoras era difundir el ideal del espiritismo a la vez que concienciar a sus lectores sobre cuestiones éticas y morales, así como sobre la importancia del racionalismo y de la educación.

Por tanto, tal y como resume Simón Palmer (1993), la revista constaba de secciones como la de comunicaciones con espíritus a través de médiums, incluso de personajes célebres como Bécquer, Cristóbal Colón o Benjamín Franklin. Por otra parte, también se consideraban pensamientos e ideas de personalidades más o menos contemporáneas a las que la autora admiraba como, por ejemplo, Víctor Hugo. Y, por supuesto, también era esencial la sección benéfica en la que se informaba sobre colectas para ayudar económicamente a mujeres y niños, sobre todo viudas y huérfanos. Asimismo, se observa la gran reivindicación en numerosos artículos de los derechos políticos y civiles de la mujer y la necesidad de igualdad de condiciones y oportunidades respecto al hombre. Ligado a esto, tampoco olvidamos su trabajo durante estos años en otras revistas como la *Revista de Estudios Psicológicos* o *Luz y Unión*, otra revista espiritista de la que fue redactora jefe (Simón Palmer, 1993).

Dentro de esta faceta de compromiso con las circunstancias y problemas sociales del momento, de defensa por los derechos y la educación de niños y mujeres, también destacan obras como *Cánticos escolares*, incluida en *La Luz del Porvenir* (1997).

Igualmente, cabe señalar que durante su trayectoria como escritora su faceta de poetisa no se extinguió. Entre sus publicaciones poéticas resalta *Un ramo de amapolas y una lluvia de perlas, o sea, un milagro de la Virgen de Misericordia*, que se compone de un conjunto de poemas dedicados a la patrona de Reus. Según Correa Ramón (2019), justamente por esas fechas, en 1868, nuestra autora comenzó a colaborar con el *Diario de Tarragona*, que informaba sobre actos que se celebrarían con objeto de homenajear a José Zorrilla y Víctor Balaguer. De este modo, en estas celebraciones literarias, Amalia tuvo un gran protagonismo, recitando poemas y asistiendo en representación del periódico.

También debemos destacar *Ramos de violetas* y *Consejos de Ultratumba*, obras donde recoge tanto poemas como artículos espiritistas. En definitiva, como indica Vicente Villanueva (2018), en el conjunto de sus poemas pueden observarse perfectamente todos sus ideales, los cuales pretenden conseguir la reforma social.

Finalmente, según Correa Ramón (2000), nuestra autora murió o, más bien, según sus creencias, su espíritu abandonó su cuerpo en Barcelona en 1909, a causa de una bronconeumonía. Sin embargo, su actividad literaria no finalizó. Además de la segunda parte de sus memorias ya mencionada anteriormente, que fueron dictadas por Amalia Domingo Soler desde el más allá a su médium, el mismo año de su muerte se publicó el libro de poemas amorosos *Flores del alma*, que, como apunta Simón Palmer, fueron escritos «con motivo de las onomásticas de su fiel criada Rosa Bertrán “limpia, hacendosa y discreta”, que la atendió hasta su

muerte» (1993: 735). Asimismo, tras la muerte de nuestra autora se publicaron otros libros que recogían más textos suyos como, por ejemplo, *Sus más hermosos escritos* (1923).

EL ESPIRITISMO EN EL SIGLO XIX

Ahora bien, para adentrarnos en el estudio de las obras de Amalia Domingo Soler y, concretamente, de sus *Cuentos espiritistas*, debemos contemplar la doctrina espiritista, tanto su esencia como su origen, desarrollo y repercusiones en la España del siglo XIX, el tiempo de nuestra autora.

Quintín López Gómez, en su *Glosario de palabras nuevas o poco comunes usadas en psicología experimental, metapsíquica, ciencias ocultas y espiritismo* (1926: 55), define la doctrina espiritista como:

[...] la que nos ha hecho conocer el mundo invisible que nos rodea y en medio del cual vivimos sin darnos cuenta de ello; las leyes porque se rige; sus relaciones con el mundo visible; la naturaleza y el estado de los seres que lo habitan, y por consecuencia, el destino del hombre después de la muerte.

Asimismo, especifica que el espiritismo se trata de una ciencia progresiva e integral que posee los siguientes fundamentos:

Existencia de Dios; infinidad de mundos habitados; preexistencia y persistencia eterna del Espíritu; demostración experimental de la supervivencia del alma humana, por la comunicación medianímica con los espíritus; infinidad de fases en la vida permanente de cada ser; recompensas y penas, como consecuencia natural de los actos; progreso infinito; comunión universal de los seres; solidaridad (1926: 55-56).

Estas definiciones están de acuerdo con la visión que tenía Amalia Domingo Soler sobre el espiritismo, para ella este era una ciencia que disipa todas las dudas existenciales que siempre han tenido los seres humanos, que nos proporciona la verdad de las cosas y, sobre todo, promueve el progreso tanto social como individual. En definitiva, para ella, el espiritismo es razón, es verdad, es saber. Por ello, en *La Luz del Porvenir* (1997: 105), podemos observar cómo defiende la validez e importancia de la doctrina, exponiendo que sus objetivos son:

[...] quitarnos el tupido velo que nos impedía comprender el porqué de nuestra vida, el porqué de nuestra muerte, el porqué de nuestros goces, el porqué de nuestras alegrías, el porqué de esos seres tan desgraciados como sufridos que tan solo han venido a la Tierra para penar, y el porqué de esos otros que,

sin embargo poseen una felicidad relativa, grande en comparación a la desgracia de aquellos.

En el contexto histórico-social de Occidente en el siglo XIX, tal y como indica Mateo Avilés (2011), todas estas dudas existenciales se unieron a las crisis que comenzaron a sufrir las religiones tradicionales, las cuales empezaron a perder influencia, lo que hizo posible el nacimiento y auge de movimientos espirituales, que podían estar tanto en contra de esas doctrinas religiosas como al margen de ellas. De este modo, el descontento general con las iglesias tradicionales y el deseo por saber y resolver las dudas metafísicas citadas anteriormente propiciaron el éxito de espiritualidades alternativas como la que nos ocupa.

De hecho, esto casa con los rasgos del espíritu romántico, el cual intentaremos observar en la obra de nuestra autora. Siguiendo el estudio de Gras Balaguer, sabemos que ese carácter romántico del que hablamos es «un espíritu crítico contra el intento de la razón de querer explicarlo todo, y que a la vez vuelve a justificar la necesidad de la fe, las verdades ocultas, el poder de la magia y otras facultades de la imaginación. Surge un nuevo misticismo en oposición al espíritu de la ilustración» (1983: 23-24). De este modo, así surge la individualidad y el yo romántico, que pugna por el espiritualismo como apoyo a la razón para llegar a la verdad desconocida. Es más, en el movimiento del *Sturm und Drang* «sentimiento y pasión no serán el polo opuesto de la capacidad de pensar y razonar sino, más bien, otra dimensión y capacidad de la misma persona. La racionalidad no será sustituida sino completada por el culto al sentimiento, llegando a una nueva unidad» (Pacheco y Vera, 1998: 139).

Así, el espiritismo renovó la tradición del ocultismo occidental en el siglo XIX, identificando la verdadera espiritualidad humana con el ocultismo y el esoterismo. Al fin y al cabo, «se buscaba también una única clave para resolver y comprender el Universo y sus misterios» (Mateo Avilés, 2011: 24). Y estas dudas se pretendían disipar a través del conocimiento racional sistematizado acompañado de la ayuda de ciencias positivas y la utilización de fuerzas ocultas del Universo y la mente humana. De hecho, para Bautista, así es como se obtiene la verdadera sabiduría, uniendo pensamiento y sentimiento. De esta manera, este último «se eleva y se extiende con el pensamiento. Bajo el imperio de la razón, se desenvuelve en todas las manifestaciones superiores, como sentimiento religioso, moral, estético y social (1930: 12).

Ligado a esto, observamos que, como expone Gras Balaguer, precisamente, la rebeldía del hombre romántico se caracteriza por «su oposición a la separación entre razón y sentimiento, entre lo real y lo irreal. Para él la esencia de lo humano, rebasa la esfera de lo consciente y de lo racional» (1983: 36). Por ello, suele decirse que los románticos fueron los descubridores del inconsciente y de la importancia de las fuerzas que actúan en el interior de los seres humanos. Esta es una de las razones por las que apreciamos las influencias mutuas entre el espiritismo y el

espíritu romántico, cuyos rasgos observaremos en la obra que analizaremos de Amalia Domingo Soler.

Siguiendo a Mateo Avilés (2011), conocemos que aunque ya en la Edad Media y la Edad Moderna numerosos magos y brujas practicaban la necromancia y evocaban a difuntos, fue durante la segunda mitad del siglo XVIII y las primeras décadas del XIX cuando se intensificaron las actividades, el estudio y la difusión de fenómenos paranormales, todo ello por parte de los precursores del espiritismo.

Los estudiosos coinciden en que el origen de los estudios del espiritismo contemporáneo tuvieron lugar en Estados Unidos y, de ahí, los fenómenos físicos relativos a las evocaciones de espíritus llegaron a Europa y al resto de América a través de la moda de las mesas danzantes o giratorias, que consistía en colocarse alrededor de una pequeña mesa ligera y posicionar levemente en su superficie las manos extendidas, mientras los dedos meñiques de los participantes se entrelazaban entre sí. De esta manera, se formaba una cadena magnética que producía que la mesa se moviese, convirtiéndose este experimento en el entretenimiento y tema de conversación preferido tanto en los salones de la alta sociedad europea como en las tabernas más humildes. Como explica Mateo Avilés (2011: 40): «Así, por todo el continente las mesas giraron, bailaron, levitaron, y comenzaron a enviar mensajes a los presentes mediante golpes». En este sentido, podría decirse que se trató del origen de la actual güija.

Conforme pasó el tiempo, proliferaron otras formas de comunicación con los espíritus como, por ejemplo, la posesión o la escritura automática, «donde el médium transcribe de forma automática (inconsciente) los mensajes que recibe de los espíritus» (Graus, 2019: 12-13). Todas estas formas de comunicación las podemos observar en la propia obra que analizaremos de nuestra autora. En cuanto a la primera, las opiniones y visiones sobre el fenómeno de las mesas danzantes eran variadas. Mientras unos lo veían como un juego inofensivo y entretenido, como las jovencitas que deseaban realizar preguntas sobre sus amores futuros y reían si obtenían respuesta mediante el movimiento de la mesa, a otros les aterraba la idea de ver el mundo desconocido del más allá y la comunicación con los espíritus como un juego.

Esta última opinión es la que defendía Amalia Domingo Soler (1925: 97): «A mí, que ya conocía algo el espiritismo, no me gustaba mucho aquella escena cómica» y también compartían más espiritistas como, por ejemplo, uno de los protagonistas del cuento en el que se trata este tema, quien advierte sobre el peligro y el daño que se hacen a sí mismos los que toman esas comunicaciones como juegos: «¿Cree usted que no están rodeados de espíritus ligeros?» (Domingo Soler, 1925: 97), defendiendo la idea de que igual que tanto el bien como el mal existen en la Tierra, también se hallan en los mundos desconocidos, pudiendo existir, más allá de esta vida terrenal que sí conocemos, entes malignos con los que no deberíamos comunicarnos.

Por su parte, los más escépticos negaban que las mesas se moviesen por obra de los espíritus y achacaban sus desplazamientos y golpes a bromas o engaños de los propios participantes o, los más materialistas, a leyes de la física.

Esta misma división de opiniones que observamos en los *Cuentos espiritistas* de nuestra autora se dio en el mundo científico europeo del momento. Según Mateo Avilés (2011), algunos científicos defendieron la teoría muscularista, la cual explicaba este experimento por movimientos musculares involuntarios de los participantes. Por otra parte, otros abogaban por la postura fluidista, según la cual los movimientos de las mesas y otros objetos se producían debido a una fuerza interna del organismo que se proyectaba hacia el exterior, hacia objetos cercanos o en contacto con él. También, muchos otros científicos se mostraban escépticos como, por ejemplo, el célebre naturalista Humboldt. Y, por supuesto, estaban los que creían en que las fuerzas que movían estos objetos provenían o eran controladas por espíritus e, incluso, por demonios.

Como ya hemos señalado, estos últimos eran los espiritistas, cuya doctrina no habría alcanzado tanta repercusión sin la labor y estudios de su fundador: el filósofo, científico y médico francés Hippolyte-León Denizard Rivail, conocido por su sobrenombre Allan Kardec. Como señala Chaves (2020), sus libros fueron rápidamente traducidos en la década de los cincuenta y sesenta del siglo XIX y comenzaron a difundirse con gran éxito por el mundo hispanohablante, lo cual hizo que se crearan los primeros intentos de organización y difusión de la doctrina, que se tradujo en la creación de grupos de estudio y práctica espiritista, incluso con revistas y ediciones propias como, por ejemplo, las revistas para las que escribió nuestra autora o las que ella misma dirigió (*Luz y Unión* y *La Luz del Porvenir*), o la creación de la Sociedad Espiritista Española, que editó numerosas obras referentes a la temática espírita y promovió la creación de los docientos centros espiritistas con los que ya contaba nuestro país en los años sesenta.

Kardec es nombrado numerosas veces por nuestra autora en sus *Cuentos espiritistas* (1925), refiriéndose a él como «el padre del espiritismo». Esto se debe a que en sus obras se especifican y concretan los principios fundamentales de la doctrina, que Mateo Avilés (2011) resume en que es una nueva revelación, siendo la primera «la que manifestó Yavé a Moisés en el Sinaí con la ley del Antiguo Testamento, la segunda revelación es la protagonizada por Cristo con sus enseñanzas recogidas en el Nuevo Testamento» (2011: 43), y, así, el espiritismo sería una tercera revelación que recoge la ley de Dios pero es manifestada en la Tierra mediante los espíritus.

Sin embargo, aunque muchos de los valores del espiritismo coincidiesen con los de la religión cristiana como el hacer el bien y no el mal o el objetivo final del progreso y perfección de la humanidad, diversos aspectos de la doctrina espiritista no casaban con las ideas del catolicismo cristiano como, por ejemplo, la reencarnación de las almas o el rechazo de la existencia del infierno como lugar de castigo tras la muerte. Como expone Graus (2019: 13) sobre Kardec: «Su doctrina combinó

el socialismo utópico, el pensamiento pitagórico y las creencias orientales en torno a la reencarnación con una nueva concepción de la moral cristiana, basada en una noción secular de la caridad». De hecho, podemos volver a relacionar esto con las fuentes ocultas del Romanticismo, las cuales, según Gras Balaguer, se caracterizaban por «una renovación de la primera era cristiana y de la Edad Media, por una condena de las Instituciones eclesiásticas y por la defensa de un cristianismo interior, que se remite a los poderes de la mente humana [...] y explota fenómenos como la alquimia, el ocultismo, la magia, etc.» (1983: 25).

Con todo, según Mateo Avilés (2011: 52): «Kardec había procurado siempre no atacar al Cristianismo y a la Iglesia católica. Para él, las nuevas revelaciones completaban y aclaraban las contenidas en los Evangelios». No obstante, «las iglesias tradicionales, y especialmente la católica, veían en las ideas y en las prácticas espiritistas un nuevo y sugestivo competidor que les disputaba su feligresía tradicional» (2011: 52-53). Así, ya a mediados del siglo XIX, primero en Francia y luego en el resto de Europa y América, la Iglesia condenó al espiritismo, incluso la Iglesia protestante. Como sigue explicando Mateo Avilés, las descalificaciones y condenas entre el clero, los publicistas católicos y los espiritistas fueron muy frecuentes y «aquí, en España, la pugna, el conflicto y la rivalidad entre espiritistas y católicos alcanzó un nivel de violencia y exacerbación inusitados. La intolerancia y las agresiones, incluso físicas, estuvieron a la orden del día» (2011: 100).

Sin embargo, al mismo tiempo, el interés científico por las investigaciones de Allan Kardec fue considerable, debido a que el espiritismo se presentaba como una «religión científica», enmarcada por el positivismo. Según Kardec, los espíritus eran entidades naturales. «Comunicarse con ellos a través de un médium era un fenómeno natural, no paranormal, como solemos asumir hoy en día» (Graus, 2019: 15).

Para el espiritista, los mensajes recibidos de los espíritus le permitían obtener un conocimiento empírico, con un valor científico, de la vida más allá de la muerte. Por ello, siguiendo a Graus (2019), en un siglo como el XIX donde florecieron los estudios psicológicos, psiquiátricos y metapsíquicos, así como los metafísicos, numerosos médicos y científicos se introdujeron en el campo del espiritismo para obtener más datos y respuestas a sus estudios y, así, aparecieron numerosos médiums curanderos y médicos espiritistas, los cuales protagonizan algunos cuentos de nuestra autora (1925).

Del mismo modo, Bautista puntualiza cómo «el espiritismo puro, no está en contradicción con ningún credo filosófico ni religioso; forma una rama independiente del saber humano que conviene a toda convicción, a toda fe; está tan lejos de la taumaturgia y de la brujería, como lo bueno de lo malo» (1930: 63-64). Así, se observa la importancia para los espiritistas de librar a la doctrina de los prejuicios y, según ellos, disparates que se le han atribuido por desconocimiento y desinformación. Precisamente, esta es una de las ideas que expone Amalia Domingo Soler en la obra que nos disponemos a analizar.

LOS CUENTOS ESPIRITISTAS

ESTRUCTURA, NARRADORA Y PERSONAJES

La obra de nuestra autora, *Cuentos espiritistas* (1925), se enmarca dentro de la narrativa breve. Se trata de un libro compuesto por sesenta y cuatro cuentos, de entre cuatro y seis páginas cada uno, generalmente, que en su mayoría estaban pensados para publicarse en la prensa periódica. De hecho, algunos fueron publicados bajo la forma o nombre de *artículos* y, como señala Correa (2019), tras la muerte de Amalia Domingo Soler sus seguidores los reunieron en un volumen con el nombre que conocemos.

Por las características y temas que analizaremos más adelante, estos relatos pueden considerarse «insertos dentro del cuento fantástico y, más en concreto, pertenecientes al subgénero de los *cuentos de aparecidos*, que tanto auge alcanzarán en el transcurso del siglo XIX» (Correa, 2019: 105). Del mismo modo, los motivos, temas y ambientes preferidos por los autores románticos también están presentes en la obra de nuestra autora. Según Correa (2019), estos motivos seguirán el camino que inauguró la novela gótica inglesa del siglo XVIII, hasta convertirse en la célebre *ghost story*, que encaja perfectamente con el tema espiritista, los médiums, apariciones y comunicaciones con espíritus que protagonizan los cuentos de Amalia Domingo Soler. Es más, algunas de las características de la novela gótica del siglo XVIII que toman los autores románticos como, por ejemplo, Poe, según Pacheco y Vera, son «el misterio llevado hasta el suspense, el escenario hostil y raro, el miedo y el horror, [...] amor por lo pintoresco que se torna después en pasión por lo sobrenatural y lo horrible» (1998: 31).

Aunque parezca contradictorio que estos cuentos fantásticos se originaran en el Siglo de las Luces, conocido por ser el siglo de la razón, paradójicamente estos parecen aclarar las dudas pendientes o cuestiones que no lograba resolver la razón. De hecho, veremos cómo Amalia Domingo Soler pretende ilustrar con sus cuentos la idea de que el camino para lograr llegar a la verdad plena sobre la vida y la muerte es el espiritismo, siendo los espíritus y la comunicación con ellos una vía realmente efectiva para conocer sobre el más allá. Esto se debe a que «nuestra autora sí que cree en lo numinoso y acepta el componente sobrenatural que protagoniza sus relatos» (Correa, 2019: 106).

De este modo, normalmente, sus cuentos se basan en un suceso paranormal que altera la vida de los personajes, como una aparición o una comunicación con espíritus. Así, todos los cuentos son narrados en primera persona por la autora, la cual también es personaje de lo narrado. El discurso en primera persona acompaña y apoya sus frecuentes argumentos a favor de la doctrina espiritista y sus beneficios, al igual que tiene «el objetivo de conferir verosimilitud y fiabilidad al suceso referido» (Correa, 2019: 106). Amalia Domingo Soler relata tanto experiencias

personales como episodios de los que ha sido testigo. De hecho, como indica Correa, esta figura testimonial «fue igualmente utilizada por otros escritores para dar mayor credibilidad a sus cuentos de terror y misterio» (2007: 72). Así, se presenta como protagonista, como espectadora de lo narrado o como difusora de las confidencias que comparten con ella los personajes de cada cuento, los cuales suelen ser amigos o conocidos de la autora, nombrados con nombres y apellidos.

Aunque algunos de estos amigos y conocidos pertenecen a la clase alta o media, normalmente a la burguesía, la mayoría de los personajes se integran en los estratos sociales más bajos de la sociedad. Esto es una constante en sus escritos y se relaciona con «la especial sensibilidad que va a mostrar en todo momento hacia las personas que se encuentran en situación de desvalimiento, bien sea por causa de discapacidad o problemas de salud, bien por necesidades económicas» (Correa, 2019: 109). En este sentido, nuestra autora es una gran defensora de los marginados sociales en general. Así, en sus cuentos vemos cómo suele frecuentar los lugares que la sociedad atribuía a dichos marginados como calles inhóspitas, hospitales, orfanatos, cárceles y, sobre todo, las casas habitadas por aquellos desdichados.

Las personas invidentes, sordas y sordomudas son constantes protagonistas de sus relatos, así como los enfermos por tisis, las personas con enfermedades mentales (que, más bien, nuestra autora suele achacar a posesiones), las prostitutas, las viudas, los ancianos, los huérfanos y, en general, personas de baja clase social y que sufren estragos económicos. La escritora siente una gran pena e identificación por la situación de todos ellos, recordemos que ella misma fue prácticamente invidente desde niña y tampoco gozó de una situación acomodada, llegando a tener que depender de la caridad para poder subsistir e, incluso, barajando la idea del suicidio, tal y como relata en sus *Memorias* (1990), al igual que varios personajes de sus cuentos. De esta manera, la empatía, la caridad y la identificación con los más necesitados y débiles van a ser esenciales en sus escritos, envueltos en una atmósfera de fraternidad y lucha por la justicia social.

En este sentido, ya podemos ver un primer rasgo romántico en la obra de nuestra autora. Como es bien sabido, los autores inscritos en el Romanticismo se caracterizaban por tratar en sus creaciones personajes marginados, incomprensidos, inadaptados sociales... Como expone Gras Balaguer, a los héroes románticos se les identifica con «la melancolía, la actitud irreconciliable del individuo con respecto a la sociedad, el amor trágico, la rebeldía» (1983: 14). Del mismo modo, el destino trágico propio del Romanticismo también afecta a los personajes de los *Cuentos espiritistas* de la autora. Uno de ellos, incluso, confesará angustiado: «me creo víctima de la fatalidad, y maldigo el fatalismo que pesa sobre mí» (Domingo Soler, 1925: 18).

La escritora suele ayudar a todas estas personas mediante diversas acciones, con su iniciativa, proporcionándoles cariño y, sobre todo, consuelo mediante sus palabras, ligadas siempre a los fundamentos de la doctrina espiritista. Constantemente justificará el mal o sufrimiento de las personas en esta vida con un ajuste

de cuentas o pago de deudas pendientes con el Universo, defendiendo que la reencarnación es un proceso para el progreso y el perfeccionamiento del alma, una respuesta racional al sufrimiento del ser humano. De esta manera, las almas que sufren en la vida terrenal se están purgando de malas acciones que cometieron en vidas pasadas: «la criatura quedó en la tierra para pagar una terrible deuda contraída en anteriores existencias» (Domingo Soler, 1925: 180).

Consiguientemente, el agradecimiento de las personas necesitadas que reciben la ayuda de Amalia Domingo Soler es enorme, al igual que la admiración que sienten por ella tanto estas personas como otras ajenas que observan sus buenos actos de amor y caridad. Esta es la razón por la que nuestra autora era denominada frecuentemente «santa laica».

En definitiva, los niños y las mujeres son los grandes protagonistas de sus cuentos, los cuales son vistos como ángeles y santas respectivamente. Por un lado, los bebés y los niños están altamente conectados con el mundo espiritual, debido a la inocencia y pureza que los caracteriza, además de su proximidad con el más allá a causa del escaso tiempo que llevan viviendo en la Tierra. Esto hace que sean vistos como ángeles, como mensajeros de Dios, como salvadores enviados por este. Así, por ejemplo, en uno de los cuentos se relata cómo un niño de apenas dos años evitó la muerte de su padre, quien estaba a punto de suicidarse. Este describe a su hijo como un verdadero ángel (inocente, con cabello rubio y voz dulce) y cuenta: «sentí como el rumor de alas rozando el suelo y acercándose. Volví la cabeza y vi a mi hijo que corría hacia mí, [...]. Parece increíble que aquel muñeco, una criatura tan débil, haya podido cambiar de tal manera el rumbo de mi existencia» (Domingo Soler, 1925: 71). Este es solo un ejemplo de los numerosos niños protagonistas de los cuentos de nuestra autora, los cuales son verdaderamente valorados por esta y, del mismo modo, también considerados grandes sabios, moralistas, pensadores y filósofos, de los cuales los adultos tienen mucho que aprender.

En cuanto a la mujer vista como santa, esto se refiere a la común concepción e imagen de la mujer en el siglo XIX como «ángel del hogar» que, según la autora Regueiro, era un modelo de mujer «caracterizada por sus sentimientos y portadora de cierta divinidad y pureza que el hombre habría perdido en su contacto con el mundo» (2009: 691). Siguiendo a esta misma estudiosa, conocemos que estas mujeres debían responder a las cualidades de pureza, docilidad, timidez y perfectas esposas y madres. Así, la mayor aptitud de estas mujeres era dominar cualquier situación doméstica con la mayor dulzura y amor posibles.

De este modo, toda mujer que no siguiese este modelo era considerada demonio en vez de ángel, o, en general, una mujer inmoral. Así, frente a la mujer recatada, pura y espiritual, contrastaba la mujer pasional, insinuada e indecente, la cual era condenada por la sociedad. De hecho, nuestra autora también se adscribía a esta forma de pensamiento, diferenciando notablemente las mujeres ángeles del hogar y perfectas esposas y madres frente a las jóvenes promiscuas y prostitutas, por las cuales sentía una gran pena e impotencia. De hecho, en el cuento titulado

«El cielo y el infierno» (Domingo Soler, 1925: 78), precisamente se realiza esa comparación metafórica de las vidas de una mujer casada y madre (cielo) frente a la de una mujer prostituta (infierno), quien posee un destino fatal, rasgo muy romántico. En cuanto a la segunda, nuestra autora expresa que el infierno de la prostitución es «la condenación de la mujer perdida, el vicio encanallado, el infierno de la vida, [...] lo más bajuno, abyecto y repugnante. Miré a aquella mujer, sintiendo por ella compasión y repulsión a la vez» (Domingo Soler, 1925: 83).

Así, el destino de cada una se prevé totalmente contrario: «El cielo de María se poblará de pequeños ángeles. El infierno de Sara será la soledad y el remordimiento. Su condenación terminará probablemente en el lecho de un hospital» (Domingo Soler, 1925: 84). De este modo, observamos la crítica social y moral de nuestra autora, así como la exposición de sus opiniones en cuanto al deber de las mujeres y correcto camino que deben seguir, advirtiendo de las horribles consecuencias que pueden sufrir las mujeres «descarriladas» que no cumplen con su papel de madre y esposa o que no tienen la suerte o posibilidad de llevarlo a cabo, lo cual denuncia como una injusticia social.

En definitiva, el recato y la dedicación a la vida doméstica y familiar eran las claves para el mayor éxito de la dicha de la mujer y, por supuesto, de su familia, ya que la felicidad de esta dependía casi exclusivamente de la labor y cariño maternal.

Incluso, dentro de la categoría de mujer-madre, Amalia Domingo Soler divide a estas mujeres en dos subgrupos. El primero sería el de la perfecta madre que proporciona afecto y cariño a los hijos, cumpliendo con su deber y, por otro lado, la segunda clase de madre sería la de la «hembra fecunda», que «sirven para la multiplicación de la especie humana, nada más que para la multiplicación, inferiores en sentimiento maternal» (Domingo Soler, 1925: 67).

Esta visión de la mujer relegada al ámbito doméstico y familiar, en la que reside la obligación de ser una magnífica madre y esposa y la responsabilidad de proporcionar bienestar a su familia, nos puede parecer contradictoria a otras ideas de nuestra autora, la cual defiende unos ideales más avanzados en otros aspectos relativos a la situación de la mujer como, por ejemplo, la defensa de su educación e igualdad de oportunidades respecto al hombre. En este sentido, apreciamos que, aunque Amalia Domingo Soler abogue por el ideal de mujer apuntado (buena esposa y madre), para ella es totalmente compatible con el desarrollo de la educación de la mujer e incremento de oportunidades en el ámbito laboral diferente al doméstico, sobre todo para las mujeres que no contaban con el respaldo o protección de un hombre, como las viudas, las solteras o las prostitutas, por ejemplo.

Al fin y al cabo, también son frecuentes en los cuentos de la escritora las mujeres desamparadas, abandonadas por sus maridos, pero fuertes, resolutivas y autosuficientes, que debían ejercer la obligación de proporcionar el sustento a su familia, convirtiéndose en el pilar del hogar, ya no solo amoroso y moral, sino también económico. Un ejemplo de los numerosos que encontramos en la obra de nuestra autora es el de Francisca, «cuyo esposo, de carácter brusco y egoísta, del jornal

que gana no entrega a su esposa más que una insignificancia cada semana para los menesteres de la casa» (Domingo Soler, 1925: 242). Aun así, la protagonista de este cuento, incluso careciendo de salud y con tan escasos recursos, se las arregla para poder cuidar del hogar, mantener a todos sus hijos y cuidar a su hermana discapacitada, además de realizar obras caritativas. En definitiva, tal y como expone Mateo Avilés, nuestra autora «reivindica la dignidad femenina, criticando su condición de “hembra esclava” que debe ser cambiada por la de madre y maestra» (2011: 202).

Por todo ello, en la obra de Amalia Domingo Soler, continuamente, se nos describe a este tipo de mujeres como santas y heroínas: «¡Cuánto vale esta mujer! ¡Cuántas santas se veneran en los altares, que no habrán tenido ni una mínima parte de las virtudes que atesora esta infeliz» (Domingo Soler, 1925: 39). También, la mujer protagonista de este cuento al que nos referimos es descrita por la autora como «la santa de nuestros ideales, [...] una heroína consagrada al deber y a la virtud, purificada por todos los martirios humanos» (Domingo Soler, 1925: 44).

Así, sí que trataría de erradicar la dependencia social y económica de la mujer hacia el hombre. Aunque nuestra autora no llegue a tal nivel de ruptura y transgresión que otra célebre autora inscrita en el Romanticismo, Rosalía de Castro, podríamos comparar el pensamiento expuesto anteriormente con los ideales feministas que sostenía la gallega, quien, según Regueiro, proponía «un modelo moderno de mujer, el de una mujer más activa y dueña de su propia vida» (2009: 739).

Tal y como sigue explicando Regueiro (2009), también Bécquer en algunas de sus rimas deifica a mujeres que pertenecen a su realidad más cercana y, en este sentido, encontramos que Amalia Domingo Soler las santifica. Igualmente, en el poeta romántico encontramos la contraposición de la mujer ángel del hogar frente a la mujer-demonio, identificándose esta primera con un canon de belleza petrarquista de piel y ojos claros y cabello rubio, mientras que la segunda, la mujer con deseos carnales que se acerca al modelo de la prostituta, es morena, siendo el símbolo de la pasión.

También en nuestra autora encontramos esta contraposición de moralidad/inmoralidad en el aspecto físico de las mujeres. Mientras que las mujeres angelicales siguen el canon estético petrarquista, por su parte, por ejemplo, una joven prostituta adolescente se describe como «blanca y sonrosada, su abundante cabellera negra coronaba con graciosos rizos su espaciosa frente, [...]. La más provocativa y picaresca sonrisa entreabría sus labios, [...]. Su mirada era provocativa, [...] sus ojos brillantes y negros» (Domingo Soler, 1925: 86-87). Por tanto, observamos la tradicional antítesis del bien y el mal representados por el color claro y el oscuro, el blanco y el negro, respectivamente.

ESTILO

Símbolos y recursos literarios

Del mismo modo, esta oposición de cualidades de ángel del hogar/mujer inmoral, que se asocia a un canon estético, al aspecto físico determinado que acabamos de apuntar, también podemos observarlo en la ropa, la cual se convierte en símbolo o elemento identificador de la moralidad de cada tipo de mujer. Por tanto, en la obra de Amalia Domingo Soler, la mujer indecente suele relacionarse con el negro: «Un traje de terciopelo negro aumentaba su belleza diabólica» (Domingo Soler, 1925: 279), mientras que la mujer angelical, como es habitual, siempre se asocia a la ropa blanca, la cual, según Regueiro (2009), es símbolo de la pureza y de la virginidad y, en el caso que analizamos, también va ligado a lo espiritual y angelical, ya que casi siempre se suele vincular a niñas a punto de morir o ya fallecidas.

Esto se une al gusto de nuestra autora por ver en el aspecto enfermizo de los personajes de sus cuentos una gran belleza, aspecto que, como explica Regueiro (2009), comienza a darse en el Romanticismo y que tendrá mayor renombre en el Modernismo. La belleza adherida, paradójicamente, al feísmo de la enfermedad la observamos perfectamente en descripciones de la autora acerca de personajes enfermos como la siguiente: «Nunca he visto una niña tan preciosa [...]. En su palidez cadavérica y sus ojos hundidos, aparecía en su rostro una expresión divina» (Domingo Soler, 1925: 246). Amalia Domingo Soler describe este fenómeno como «la belleza de los que se van», debido a que aquellos que ya están cerca de la muerte, a pesar de estar enfermos, están envueltos por un aura de belleza singular: «tienen en sus ojos extraños y vívidos resplandores; llevan dibujada en sus labios una sonrisa, triste y amarga, y su talle se inclina, a semejanza de los lirios marchitos» (Domingo Soler, 1925: 231).

Vemos cómo la belleza ligada a la enfermedad, además de poder aferrarse al feísmo propio de la tradición romántica, en nuestra autora también se debe a la vinculación con la cercanía de la muerte y la aproximación al mundo espiritual del más allá. En este sentido, podríamos relacionarlo con el asombro de los escritores y, sobre todo, poetas románticos por la mujer silenciosa, dormida o muerta, la cual les parecía realmente misteriosa. Así, podríamos realizar esta comparación aunque mientras que para autores como Bécquer este misterio y curiosidad se da por la inaccesibilidad de la mujer, que casa con la tradición neoplatónica amorosa de anhelo de una mujer inalcanzable, como expone Regueiro (2009), en Amalia Domingo Soler este gusto por la mujer misteriosa envuelta en el silencio o la muerte estaría potenciado por el mismo misterio de la vida después de la muerte y el mundo inmaterial.

Por otro lado, este feísmo del que hablábamos podemos identificarlo en la obra de nuestra escritora en descripciones de personajes enfermos o ya muertos como, por ejemplo, la siguiente: «un cuerpo rígido, desfigurado, [...] más que un cuerpo

humano, parecía, por la deformidad de la cabeza, un amasijo monstruoso de fealdad material» (Domingo Soler, 1925: 33). Del mismo modo, observamos este mismo aspecto en el gusto y costumbre de la autora de comparar los cuerpos de los enfermos con cadáveres, esqueletos o, directamente, fantasmas, una comparación que se va repitiendo a lo largo de todos los relatos.

Totalmente unido al personaje de la mujer, el símbolo de la flor es bastante frecuente y está cargado de significado. Esta vinculación de la mujer con el paisaje y, en este caso, con las flores, es otro de los rasgos románticos que se nos presentan en la obra de la escritora. En este sentido, podríamos identificar a las protagonistas de los cuentos de nuestra autora con la figura de la heroína romántica, ya que, como defienden Pacheco y Vera, esta se configura a partir del tópico de la mujer-ángel que ya señalamos, «cuya figura idealizada y etérea se vincula poéticamente con el paisaje. Su imagen [...] se revela a partir de la suprema belleza, la pasividad, la bondad y la inocencia, atributos caracterológicos que la convierten en un ser ideal» (1998: 92).

Así, estos estudiosos exponen el ejemplo de la caracterización del personaje Carlota en *Sab*, de Gertrudis Gómez de Avellaneda, quien aparece envuelta en una simbiosis artística con la naturaleza, debido a que su belleza era semejante a las propias flores que ella cultivaba para su esclavo, el cual la contemplaba mientras estaba en el jardín alumbrada por la luna, viéndola como un ser sobrenatural. Vemos cómo esto casa perfectamente, además, con la cuestión de la mujer como ángel, como ser divino, idealizada y vinculada a la naturaleza.

Como decíamos, en los *Cuentos espiritistas*, la flor se presenta como representación y símbolo de la mujer, tan delicada y preciosa como ella. Esto se realiza a través de numerosas metáforas y comparaciones metafóricas que relacionan a la mujer con las flores o, en general, con el mundo natural para hablar figuradamente de su físico, de su juventud y demás etapas de la vida o de su moralidad. Esto último lo observamos perfectamente en el siguiente ejemplo: «Para mí, una mujer sin pudor es una rosa sin fragancia, ¡y es tan triste una flor inodora!» (Domingo Soler, 1925: 86). Así es como Amalia Domingo Soler lanza su crítica a las mujeres indecentes e inmorales, las cuales no tienen «aromas de honestidad» (Domingo Soler, 1925: 86).

En cuanto a la relación de las flores con las etapas de la vida de las mujeres, observamos comparaciones metafóricas como: «antes de llegar a la adolescencia, se doblará, como los lirios marchitos, su esbelto tallo» (Domingo Soler, 1925: 23), otro símil entre la mujer enferma y la flor marchita para indicar que morirá. Por tanto, la relación entre las flores mustias y las jóvenes enfermas a punto de fallecer siguen teniendo significados figurados relativos a más metáforas y comparaciones donde se ven los ciclos de la vida humana como las estaciones del año: «muriendo de frío en la primavera de la vida» (Domingo Soler, 1925: 66), es decir, en la juventud. Así, el crecimiento y desarrollo físico de las jóvenes también es descrito mediante comparaciones metafóricas relativas a las flores y la estación

primaveral: «Su rostro era lozano, como la rosa primeriza del lluvioso abril, [...] la flor aun estaba en capullo, sin embargo de que la pobre niña pugnaba por arrancar violentamente sus nacientes hojas» (Domingo Soler, 1925: 87), refiriéndose a que esta niña deseaba desprenderse de la inocencia de la niñez y completar el desarrollo propio de la pubertad, debido a que se dedicaba a la prostitución.

Igualmente, las flores también tienen su correlación en los niños. Una vez más, mujeres, niñas y niños son seres con una sensibilidad superior, más conectados al mundo del más allá y a la naturaleza. Esto se vuelve a relacionar con las metáforas del mundo floral que remiten a la vida de estos personajes y, de este modo, encontramos correlaciones entre flores deshojadas y la vida de estos seres, de frágil salud. Así, el niño de uno de los cuentos, admirando una camelia blanca que le regalaron y con la que se identifica, expone: «Las hojas de esta flor quieren desprenderse de su tallo, como mi alma quiere desligarse de mi cuerpo; [...] verás, cuando caiga la primera hoja, mi cuerpo caerá también» (Domingo Soler, 1925: 148).

Por otra parte, las metáforas relacionadas con la flora también son usadas para hablar de la vida como camino: «sembrar de flores el camino de nuestra vida, a causa de los beneficios que le hemos hecho» (Domingo Soler, 1925: 28). Así, las virtudes y buenas acciones son vistas como flores con las que enriquecemos nuestras experiencias de vida. Y, por el contrario, las espinas de las flores representan la cara negativa de la vida, las desgracias o las acciones inmorales: «se siente herido por las punzantes espinas; diríase que ya le abruma el peso de su infortunio y su deshonor» (Domingo Soler, 1925: 48). Asimismo, encontramos la metáfora de la vida como árbol: «Los cuerpos son las hojas del árbol de la vida» (Domingo Soler, 1925: 148), las cuales van cayendo, al igual que las personas van muriendo.

En definitiva, apreciamos que las metáforas relativas a la vida están siempre relacionadas con el mundo natural pero no solo el terrestre, sino también el marítimo. Así, es común la tradicional metáfora de la vida como mar y las dificultades de esta como olas violentas, como tormentas marítimas o, en suma, como un mar proceloso: «Enriqueta navega en una barquilla que se va a fondo; Mercedes hoy recorre las playas de la felicidad. El destino de ambas niñas es ahora muy distinto» (Domingo Soler, 1925: 24). Siguiendo la misma línea isotópica de lo marino, aparecen otros elementos con significados figurados como, por ejemplo, la tabla como ayuda y rescate o el naufragio como pérdida, soledad y fase de grave dolor: «reclamaba a Dios la tabla salvadora a la cual había de asirse en el momento más terrible del naufragio» (Domingo Soler, 1925: 72).

También dentro del ambiente natural se encuentran las metáforas relacionadas con lo meteorológico, con el frío y la oscuridad y, por el contrario, con el calor y la luz, para representar, respectivamente, la tristeza y la felicidad. Consiguientemente, el sentir frío significa padecer tristeza: «sentí frío, mucho frío, en el corazón» (Domingo Soler, 1925: 41), mientras que la alegría y el bienestar se vinculan a la luz, el sol y el calor que desprenden: «¡Sólo tu ramo de violetas le daba calor a mi corazón!» (Domingo Soler, 1925: 144). De hecho, la propia Amalia Domingo

Soler aclara en uno de sus cuentos esta metáfora antitética: «¡Siempre el contraste entre la luz y las sombras, la felicidad y el dolor! [...], los felices pueden considerarse como rayos de sol iluminando las densas brumas de la humanidad» (Domingo Soler, 1925: 45). De este modo, las referencias y metáforas construidas con esta antítesis son numerosas a lo largo de la obra, alterando a veces la forma pero manteniendo el sentido: «tras la tormenta vendrían días de sol» (Domingo Soler, 1925: 164).

Incluso, existe una correlación entre los sentimientos de los personajes y el paisaje, tanto natural como urbano. Temas como la tristeza, la soledad y la melancolía se representan mediante símbolos y ambientes realmente fríos, tormentosos y lúgubres, aspecto también típicamente romántico. Apreciamos esta cuestión, por ejemplo, en las sensaciones de una niña que expone: «me levanté muy triste. Nevaba en abundancia, [...] ¿Ves cuánta nieve cae?... Pues, más nieve tengo yo en mi corazón» (Domingo Soler, 1925: 177), a lo que su abuelo le responde: «Derriétela con el fuego de la caridad: eres muy egoísta, por eso tienes frío en el alma» (Domingo Soler, 1925: 177). Observamos, además, cómo la autora no desaprovecha ninguna ocasión para insertar sus ideales y crítica moral.

Según Hugh (1981), el paisaje contemplado desde la ventana es otro de los motivos del siglo XIX y que se va a reiterar en la literatura y arte del Romanticismo, ya sea de un jardín o de la ciudad, desde una casa o desde la prisión. En este sentido, «cuando lo que se ve desde una ventana forma parte de la imagen de una habitación, a veces con una figura que se asoma melancólicamente [...], el simbolismo es todavía más obvio» (Hugh, 1981: 111). Esto se debe a que, mediante ese contraste entre el interior y el exterior, queda implícita la oposición entre el propio mundo interior y exterior del personaje, entre la imaginación y la realidad, entre la felicidad y la tristeza. Sin duda, esta observación melancólica hacia el exterior desde una ventana también está presente en la obra de nuestra autora en descripciones como la siguiente: «una casita con una ventana, que tenía un marco de hiedra, y apoyada en él una joven [...]. La expresión de su rostro era dulce y triste; su mirada parecía dirigirse con afán a un tortuoso camino sombreado por copudos y frondosos árboles» (Domingo Soler, 1925: 299).

Igualmente, la luz y el calor no solo se vinculan a la felicidad y alegría, sino a la vida humana misma. De esta forma, «apagarse aquella luz de su existencia» (Domingo Soler, 1925: 171-172) significa 'morir', así como cuando los personajes comienzan a empalidecer, enfermar y fallecer se dice que «en sus hermosos ojos se apagaba la llama de la vida» (Domingo Soler, 1925: 169). De este modo, en estas metáforas la vida queda representada por el fuego, el cual desprende la luz y calor más poderosos dentro de los elementos naturales terrestres, dejando reflejada su importancia.

Ligada a la contraposición tristeza/felicidad, encontramos su relativo en la antítesis tierra/cielo, siendo la primera sucia y dificultosa y la segunda limpia, pura y liberadora. En esta línea, encontramos en la obra de nuestra autora comparaciones

metafóricas como, por ejemplo, «los desgraciados nos asemejamos a las piedras que lanzadas desde la cumbre de una montaña, se pierden en el fondo de los precipicios: de igual manera, cuando desaparecen los que sufren, nadie se acuerda de ellos; son piedras que ruedan no se sabe dónde» (Domingo Soler, 1925: 40). Y, asimismo, hablando de la posibilidad de progreso y mejora de todos los seres humanos: «Quedarse en el polvo en que se ha nacido, no es vivir; salir del lodo y remontar el vuelo, es cumplir nuestra misión humana» (Domingo Soler, 1925: 49). Por tanto, el ámbito del suelo con las piedras, la tierra, el polvo, el lodo, etc. posee una connotación negativa, mientras que lo contrario, que podríamos decir que se encuentra en un nivel más elevado, como el aire o el cielo, posee una connotación positiva, relacionada, posiblemente, con el sentido religioso o divino del cielo.

Por otra parte, otra metáfora muy recurrente es la de la vida como libro y, por tanto, las experiencias que se escriben en sus páginas para aludir al destino, la vida y la muerte: «Yo creo que Enriqueta dejará en blanco la mayor parte de las hojas que habrían de formar el libro de su vida» (Domingo Soler, 1925: 23). Se trata de una metáfora muy usual y que sigue teniendo trascendencia hoy en día, ya que podemos apreciarla en expresiones comunes como «pasar página» o, incluso, se puede relacionar con el común dicho «el destino está escrito», considerando esa correlación entre vida-libro y etapas de la vida-capítulos: «¿Es esta corta página de tu vida el único capítulo de tu historia?» (Domingo Soler, 1925: 34).

En suma, estos son algunos ejemplos de cada uno de los aspectos del amplio abanico de metáforas utilizadas por la autora y su frecuente relación con el mundo natural (las flores, las piedras, el mar, el cielo, el sol...) y abordando, sobre todo, los cuatro elementos naturales esenciales (tierra, agua, aire y fuego) para hablar, generalmente, de cuestiones metafísicas y existenciales como la vida y la muerte y, por otro lado, sentimientos como la felicidad y el dolor.

A estas metáforas y comparaciones metafóricas podemos añadir otros recursos estilísticos que enriquecen el discurso de nuestra escritora como, por ejemplo, antítesis: «Y se fue aquella alma de fuego, dejándome tanto frío en el corazón» (Domingo Soler, 1925: 149) o «ser y no ser; vivir y no vivir» (Domingo Soler, 1925: 219), paradojas: «En mi soledad vivo acompañado» (Domingo Soler, 1925: 236), animalizaciones: «enjambre de chiquillos» (Domingo Soler, 1925: 153) o «¡La miseria te rodea y el hambre agita sus siniestras alas en torno de tu cuna!» (Domingo Soler, 1925: 69), personificaciones: «Aquellas flores me decían: “*Vete tranquila, él llorará por ti*”» (Domingo Soler, 1925: 144), sinestesias: «amargo acento» (Domingo Soler, 1925: 65) o «muda emoción» (Domingo Soler, 1925: 201), metonimias: «el fruto de su trabajo se deshacía en manos de un hermano suyo, que era el Judas de aquella pobre y honrada familia» (Domingo Soler, 1925: 74-75). También, las hipérbolos, las gradaciones, los paralelismos y las preguntas retóricas están realmente presentes en estos cuentos.

Por ejemplo, apreciamos la hipérbole cuando se habla de sentimientos y moralidad. Así, cuando una de las protagonistas de un cuento describe su tristeza,

expone: «Perdí el sentido, y estuve entre la vida y la muerte más de veinte días» (Domingo Soler, 1925: 114), ya que acaba de morir un ser querido para ella. Por su parte, para indicar la maldad y perversión de otro personaje, se le describe como «un pequeño Satanás» (Domingo Soler, 1925: 161).

Por añadidura, se aprecian gradaciones ascendentes usadas para causar más impacto y emoción en los lectores. En concreto, en este ejemplo que indicamos, se usa para hablar del sufrimiento antes de morir y triste final de un personaje que se comportó inmoralmemente durante toda su vida, causando dolor a sus seres queridos: «el látigo del remordimiento, la tortura del espanto, la locura del dolor» (Domingo Soler, 1925: 136). Asimismo, las estructuras paralelísticas también aumentan la emoción y la musicalidad, a la vez que reafirman las críticas e ideas que defiende la autora: «la teocracia que contempla roto a sus pies su cetro de hierro, que jamás perdona al audaz innovador [...], que en lugar de favorecer el desenvolvimiento gradual del progreso, pretende sujetar la razón a la ley inexorable de la autoridad; que para gobernar [...], que dejando un vacío en la conciencia» (Domingo Soler, 1925: 201). Igualmente, las variadas preguntas retóricas dirigidas al Universo y a Dios, normalmente, lamentan las injusticias sociales de las que la autora es testigo: «¡Oh, tú, quienquiera que seas!... Dime: ¿por qué creas niñas hermosas para que arrastren por el lodo sus encantos? [...] ¿Por qué nacen para la degradación?» (Domingo Soler, 1925: 88-89).

Pero, sin duda, la figura más repetida e interesante en la obra es el oxímoron «vivir muriendo» y, también, «vivir sin vivir», lo cual nos recuerda a los célebres versos de santa Teresa de Jesús: «Y tan alta vida espero, / que muero porque no muero», al igual que otras muchas expresiones que usa Amalia Domingo Soler en sus cuentos como, por ejemplo, «me envolvió en una de esas miradas de amor Inefable, cuya expresión nadie sabría traducir bien a nuestro lenguaje» (Domingo Soler, 1925: 148), para hablar de un amor casi divino e inexplicable.

Este misticismo propio de santa Teresa de Jesús también lo encontramos en otras muchas metáforas de Amalia Domingo Soler en las que identifica la existencia terrenal como cárcel y el cielo o el más allá como vida verdadera, liberadora y de felicidad: «su espíritu se desprendía de su cárcel terrestre para lanzarse en el infinito espacio» (Domingo Soler, 1925: 149), lo cual se relaciona totalmente con ese deseo de santa Teresa de Jesús de alcanzar la vida eterna que la esperaba tras la sufridora vida terrenal: «¡Oh Señor mío y bien mío!, ¿cómo queréis que se desee vida tan miserable, que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella si no es con esperanza de perderla por Vos [...]?» (Santa Teresa, 2014: 815).

Como apunta Correa, en el siglo XIX varios autores realizaron relecturas diversas de la insigne mística, «cuya vida servirá a los inquietos e hipersensibles hombres y mujeres de letras de diverso estímulo y de inspiración» (2016: 145). Una de estos autores sería Amalia Domingo Soler, quien, como observamos, recupera el misticismo y sensaciones espirituales de la santa para apoyar y reforzar la emoción de la doctrina espiritista. De hecho, como reconoce la estudiosa Correa,

es común en las obras de nuestra autora encontrar «numerosos episodios de carácter místico, con presencia de visiones sobrenaturales, revelaciones y contactos con la divinidad, además de ponerse de manifiesto una serie de poderes de sanación» (2017: 87). Estas son cuestiones absolutamente presentes en sus *Cuentos espiritistas* y que, como es bien sabido, también eran propias de Teresa de Jesús.

La cultura de la autora: metaliteratura y argumentación

En resumen, apreciamos el depurado y poético estilo de nuestra autora, la cual envuelve su narración con numerosos recursos estilísticos que añaden plasticidad a lo descrito, así como belleza y feísmo al mismo tiempo, produciendo en nosotros, los lectores, impresión y emoción, además de servir para construir un discurso realmente rico en cuanto a la calidad literaria. Este aspecto poético del relato de Amalia Domingo Soler no simplemente se consigue mediante los recursos más propios del género poético, sino que, incluso, encontramos este mismo género inserto en su obra narrativa. Así, observamos poemas de autores de la época apreciados por la autora que casan perfectamente con el asunto del cuento en el que se introducen, los cuales sirven para reforzar las opiniones y argumentaciones de la autora. Un ejemplo sería la inserción de unos versos del poeta y filósofo Campoamor, al cual nombra antes de reproducir su poema (Domingo Soler, 1925: 184):

Es tan bella esa mujer,
que bien se puede decir:
Sólo por verla..., nacer;
después de verla..., morir.

Paralelamente, también encontramos algunos poemas cuya autoría pertenece a la propia Amalia Domingo Soler, exponiendo, así, su faceta como poetisa. Un ejemplo sería un poema inspirado en la relación entre dos personajes de uno de sus cuentos, los cuales han compartido un gran amor, propio del Romanticismo, ya que se introduce con la antítesis típica del amor imposible placer/dolor: «estamos enlazados como el placer y el dolor» (Domingo Soler, 1925: 144). Este amor se expresa en el poema mediante comparaciones expuestas en estructuras paralelísticas, comenzando con otra antítesis también frecuente y expuesta anteriormente (luz/sombra) y continuando con más comparaciones entre palabras que sí que pertenecen al mismo campo semántico (Domingo Soler, 1925: 144):

Como la luz y la sombra.
Como la voz y el eco.
Como la flor y el fruto.
Como el tronco y las hojas.
Como la nube y la lluvia.
¡Cuánto nos hemos querido!

Igualmente, además de este hibridismo de géneros narrativo y poético en estas ocasiones puntuales, la metaliteratura está presente en gran parte de la obra que analizamos, ya sea por las continuas referencias al oficio de escritora de artículos que realizan tanto la propia autora hablando de sí misma como otros personajes sobre ella, o por la inserción de relatos y cartas de otros personajes dentro de los cuentos. Adicionalmente, las referencias a célebres escritores tanto extranjeros como nacionales son constantes, nombrando, sobre todo, a Cervantes y su *Quijote*.

Por todo ello, las habilidades estilísticas de nuestra autora son evidentes, así como su cultura, la cual es considerable y se hace patente en sus continuas referencias mitológicas y artísticas: «Aunque sea más bella que la Venus de Milo, [...] aquella mujer queda convertida en una hermosa estatua de carne, para la cual no habrá un segundo Pígalión que la anime con su espíritu» (Domingo Soler, 1925: 85). Como vemos, estas referencias a variadas obras de arte, tanto pictóricas como escultóricas, las suele usar para comparar la belleza de las jóvenes de sus cuentos con el canon de belleza renacentista: «la hermosura del Apolo del Belvedere o la belleza de la Venus de Médicis» (Domingo Soler, 1925: 89).

También son frecuentes las alusiones a la Biblia y otras religiones: «Digamos como los masones cuando se acerca un profano: “¡Llueve!”» (Domingo Soler, 1925: 144), en este caso identificando a los masones con los espiritistas y a los profanos con los escépticos, no pudiendo hablar de temas espíritas en su presencia por miedo a ser juzgados o rechazados.

Igualmente, están presentes más referencias y comparaciones con otras culturas y tradiciones como, por ejemplo, las que se usan para criticar a las mujeres sin pudor, las cuales, para la autora, son más desgraciadas que «las castas degeneradas de la India y del Peloponeso, los parias y los ilotas» (Domingo Soler, 1925: 86). Sobre todo, las referencias a la cultura grecolatina y egipcia son las más abundantes: «Los griegos recibieron del Egipto los rudimentos de la ciencia, pero no admitieron sus costumbres, [...]. Los romanos, que estuvieron en Atenas a estudiar sus leyes escritas sobre cilindros giratorios, las ampliaron» (Domingo Soler, 1925: 200), defendiendo que, en el tiempo de la autora, estas reglas antiguas continuaban siendo fundamentos principales de las leyes europeas. Todo ello es usado para defender que el progreso es un legado que pasa de generación en generación, alegando que el espiritismo responde al avance, aceptando y recogiendo todos estos saberes que nos han ido dejando todas las culturas a lo largo de los siglos, por lo que recoge la verdad absoluta.

Ligado al campo de conocimiento de la cultura y la historia está el de la ciencia, el cual nuestra autora también maneja, dejando constancia de ello en su obra, añadiendo datos histórico-científicos para apoyar sus propios argumentos. Un ejemplo de ello es la respuesta que da a uno de los personajes de sus cuentos, una mujer que no cree en la comunicación con el más allá ni en la existencia de los espíritus si quiera, incluso a pesar de confesar haber visto en alguna ocasión entes. Ante el escepticismo de esta, Amalia Domingo Soler le responde: «Entonces usted dice

como los cardenales que condenaron a Galileo: *no quiero mirar*» (Domingo Soler, 1925: 126) para, así, recalcar su crítica a la hipocresía de su personaje y, de paso, la de la Iglesia que condenó al célebre científico.

Sin embargo, esta gran cultura de la autora y maestría a la hora de usar e introducir recursos literarios se combina con el uso de numerosos dichos y refranes populares, quizá con la intención de llegar a un público más amplio y de enriquecer aún más su discurso con la sabiduría popular, además de apoyarse en esta para sostener sus argumentos a favor de la doctrina espiritista. Ejemplos de ello serían: «donde no hay harina todo es mohína» (Domingo Soler, 1925: 69), «como perro sin amo, [...] fui creciendo entre malas hierbas» (Domingo Soler, 1925: 153), «Bien dice el refrán que todas las mujeres son curiosas» (Domingo Soler, 1925: 153) o «no hay mal que por bien no venga» (Domingo Soler, 1925: 162). Además, el uso de aforismos usados como argumentos de sabiduría general también es frecuente: «Dice un antiguo aforismo que *gustando la ciencia, se cae en la incredulidad, pero empapándose en ella, se torna a la fe*. Pues esto mismo sucede con el espiritismo» (Domingo Soler, 1925: 223).

Pero, sobre todo, los argumentos más usados a lo largo de los cuentos son los de autoridad, basados en la figura de Allan Kardec, maestro de la doctrina, y en los descubrimientos científicos en general. En definitiva, se trata de argumentos en defensa del espiritismo, una persuasión común de la autora para convencer de la veracidad de la doctrina:

He oído cómo os burlabais del espiritismo, y francamente, me duele ver hombres entendidos malgastando su tiempo en negar lo que no conocen. Seis mil estrellas vemos en el cielo a simple vista, pero con el telescopio se ven cuarenta millones de puntos luminosos, sin contar las miradas que escapan al objetivo astronómico. En la gota de agua no vemos millones de infusorios, pero con el microscopio los distinguimos. Ciegos son los que niegan la luz del sol (Domingo Soler, 1925: 192).

Por su parte, los argumentos de experiencia propia también son bastante comunes, los cuales se observan claramente en afirmaciones de la autora como la siguiente: «Yo lo sé por experiencia propia. Antes de ser espiritista, mi idea fija era morir, pensando que donde no hay sensación, no hay agonía; [...] Y desde que estudio el espiritismo, sólo pienso en trabajar, en ilustrarme más y más, en progresar» (Domingo Soler, 1925: 198). Al fin y al cabo, siempre intenta defender la felicidad y esperanza que proporciona la doctrina, convirtiendo en mejor persona a todo aquel que la sigue.

Incluso, ella misma admite su defensa del espiritismo por medio de la persuasión en una ocasión: «He copiado las palabras dichas por el orador; pero en la fría escritora no se puede recoger el tono de la dicción, el alma del discurso, el fuego de la peroración» (Domingo Soler, 1925: 202). Como se observa, las palabras *orador*,

dicción, discurso y peroración pertenecen, sin duda, al campo de la oratoria, retórica, persuasión y argumentación, todo ello a favor del espiritismo. De hecho, la propia Amalia Domingo Soler suele practicar la peroración al finalizar numerosos cuentos, o sea, en la última parte de su discurso, donde realiza una especie de moraleja y enumera y recoge las pruebas de la verdad y utilidad del espiritismo para el progreso tanto individual como social, intentando llegar a los lectores y convencerlos, concluyendo cada cuento de manera contundente.

TEMAS

El espiritismo

Así, nuestra autora, apoyándose en la cultura y desde una visión razonadora y hasta científica, defiende a lo largo de toda la obra la doctrina espiritista. De este modo, el espiritismo se convierte en el tema principal de la mayoría de los cuentos, acompañado siempre de las ideas de razón, verdad, luz, saber, y, por supuesto, progreso. De hecho, muchos de los personajes con los que se encuentra la narradora son escépticos, como, por ejemplo, numerosos médicos y científicos materialistas, pero, tras algún suceso y pruebas positivistas y observables, acaban siendo creyentes de la existencia de los espíritus y las ideas espiritistas. Por tanto, queda claro cómo quedan convencidos de manera racional y, además, cómo ellos mismos reconocen y exponen los beneficios de la doctrina: «desde que estudio el espiritismo, sólo pienso en trabajar, en ilustrarme más y más, en progresar [...]. El espiritismo es salud para el alma y para el cuerpo» (Domingo Soler, 1925: 198).

Como se señaló anteriormente, los espiritistas solían ser, sobre todo, difusores de las enseñanzas de la doctrina y trabajaban con el objetivo de conseguir la salvación de la humanidad, compartiendo la verdad plena de las comunes y universales dudas existenciales, las cuales resolvía la doctrina y solía rechazar o negar la Iglesia católica. Así, según Bernal Creus (2005), espiritistas como nuestra autora proclamaban la libertad de conciencia contra los dogmas del catolicismo. No obstante, como ya indicamos anteriormente, esto no quería decir que rechazasen los valores católicos ni mucho menos la existencia de Dios, sino que apuntaban el problema a la Iglesia como institución, con un marcado anticlericalismo.

Por tanto, al mismo tiempo que recuperaban y enseñaban el moralismo propio de la religión católica, también proporcionaban respuestas y consuelo, tal y como se observa continuamente en la obra de nuestra autora, la cual mitiga el sufrimiento y tristeza de los personajes introduciéndolos en las ideas de la doctrina, haciendo que recuperen la esperanza y alegría tras la muerte de un ser querido ofreciéndoles la idea de la reencarnación.

Todo esto va ligado a la libertad propia del alma romántica. La formación educativa y cultural se ve como una forma de liberarse, de salir de la ignorancia y desconocimiento. Como es bien sabido, el saber proporciona libertad, así como

esta se necesita para poder seguir conociendo y sabiendo: «la libertad entendida como necesidad del individuo para explorarse y explorar el mundo exterior, y para lograr la comunicación del Uno con el Todo [...]. La libertad se convierte para el romántico en una exigencia primordial» (Gras Balaguer, 1983: 40).

Es más, como indican Pacheco y Vera, para el autor romántico Poe «la existencia de los seres es limitada en el tiempo, pero es a la vez perpetua: no existe la muerte como inexorable extinción, sino como tránsito de un estado primero a otro nuevo —que nunca será último—, resultado de la incomprensible metamorfosis del universo» (1998: 25). Parece que esto casa con la idea de reencarnación o multitud de vidas de las que habla nuestra autora, idea con la que da consuelo a las personas que están sufriendo dificultades, penalidades y dolores en la vida actual, ya que, como desconocen las leyes del Universo que defienden los espiritistas, como la migración de almas y pluralidad de vidas, viven angustiados y desolados, creyendo que la única vida que poseen es desgraciada.

Pero esta vida de mejores condiciones en el más allá era asignada a aquellos que hubiesen practicado buenas acciones en la vida terrenal, siguiendo los valores morales del cristianismo. «Para el espiritismo kardeciano, la caridad era la clave para alcanzar una vida futura a través de reencarnaciones progresivas, es decir, siempre dirigidas hacia un estado superior de la moral» (Graus, 2019: 4). De ahí que la obra de nuestra autora esté cargada de crítica social y enseñanzas morales y que el tema de la generosidad y caridad sea fundamental a lo largo de toda ella e íntimamente ligado al tema del espiritismo: «sólo por medio de la caridad, como manifestación práctica del amor universal, pueden cicatrizarse las profundas llagas abiertas por el egoísmo en las sociedades humanas» (Domingo Soler, 1925: 201).

Por su parte, además de la caridad, dentro de la temática espírita encontramos, a su vez, otros temas ligados a este como el sonambulismo y los sueños. Autores como McCorristine (2012) han detectado conexiones entre el llamado «trance magnético» y el estado mental del sonambulismo, en el cual el sujeto que lo padece no se encuentra ni despierto ni dormido. Según sus estudios, en este estado de sueño la inteligencia y el lenguaje de los pacientes que han sido analizados parece que aumenta o mejora pero cuando despiertan no son capaces de recordar nada de esto. Por tanto, se cree que en un mismo cuerpo o en una misma personalidad viven dos existencias diferentes. Recordemos que, según López Gómez, el magnetismo animal, ese que está directamente relacionado con las prácticas espiritistas, se define como «la energía, análoga a otras energías físicas, tales como el calor, la luz, la electricidad, etc., que puede emitir todo organismo animal, y especialmente el hombre» (1926: 110).

Esta doble inteligencia se debe a que, siguiendo a Hugh, «en los sueños, en los que la mente del adulto se libera de las trabas del sentido común, podían vislumbrarse las realidades eternas» (1981: 326). Además, este mismo estudioso afirmaba cómo para el médico y filósofo Gotthilf Heinrich von Schubert, el cual estaba totalmente influido por Schelling, en los sueños el ser humano también reconoce recuerdos

de estados de ánimo anteriores y ya olvidados o desaparecidos. De este modo, «las profundidades del alma podrían revelar no sólo destellos del cielo, sino también del infierno» (Hugh, 1981: 328). Igualmente, esto responde a la idea romántica de evasión, de imaginar y escapar de la cruda realidad que rodea a los sujetos románticos, siempre atormentados.

Sin embargo, este estado de sonambulismo no debe confundirse con la mediumnidad. Graus manifiesta cómo los investigadores psíquicos del siglo XIX tuvieron que demostrar esta diferencia, intentando reproducir mediante la hipnosis el fenómeno del sonambulismo y desvincularlo con el trance de los médiums, ya que, para los estudiosos de la época «los fenómenos mediúmnicos representaban un nuevo campo de estudio, no reductible al llamado sonambulismo» (2019: 12), el cual es sinónimo de hipnotismo. En definitiva, tal y como también podemos observar en los *Cuentos espiritistas* de nuestra autora, la principal diferencia residía en que mientras que los sonámbulos obraban bajo la influencia de su propio espíritu, los médiums eran un instrumento o, como su propio nombre indica, un medio por el cual otros espíritus se comunicaban con los vivos, tomando su cuerpo durante un determinado tiempo gracias al consentimiento del propio médium. Así, el espíritu se valía de la energía del médium para materializarse en el mundo terrenal.

Como decíamos, al producirse las comunicaciones, los médiums entraban en estado de trance para dar paso a los espíritus, adoptaban la personalidad del espíritu que tomaba su cuerpo y, por eso, se consideraba que algunos médiums caían en una crisis de histeria. Según Graus, «la visión patológica del médium devino paradigmática en la medicina y psiquiatría de la segunda mitad del siglo XIX» (2019: 35).

En consecuencia, se iniciaron estudios sobre los estados alterados de la conciencia, las personalidades múltiples y el automatismo, haciendo que el análisis psicológico de los médiums permitiese investigar ciertas enfermedades mentales. Esto produjo que se pusiera en duda la hipótesis espiritista, debido a que los estudios se centraron en el subconsciente del médium y en intentar descubrir la causa natural y psicológica de su trance, incluso relacionándolo con enfermedades mentales como la locura o la histeria, mientras que para los espiritistas estos estados eran provocados por la entrada de espíritus que intentaban comunicarse, residiendo en los cuerpos de médiums, los cuales eran seres humanos dotados de mayor sensibilidad para ello. De este modo, en la obra de Amalia Domingo Soler encontramos numerosas comunicaciones, sesiones espiritistas, médiums e, incluso, materializaciones y apariciones de espíritus. Observamos un ejemplo en el testimonio que realiza un padre sobre su hija:

[...] la niña siempre miraba a un punto fijo [...]. Todos los de casa nos convenimos que Julia veía a un ser invisible para nosotros [...], yo, que entonces era materialista, creía que mi hija no tenía los cinco sentidos cabales, y la

hice reconocer por algunos alienistas, que no hicieron más que admirar su precoz inteligencia (Domingo Soler, 1925: 193).

Siguiendo este hilo, por supuesto, la narradora también aborda los trances y las posesiones de personas por parte de espíritus malignos, desmintiendo que estos ocurran debido a enfermedades mentales: «hay muchos que pasan por locos y no son sino obsesados [...], no debe confundirse la *locura patológica* con la *obsesión*; ésta no procede de ninguna lesión cerebral, sino de la subyugación ejercida por los espíritus maléficos» (Domingo Soler, 1925: 197).

Respecto a las apariciones de fantasmas o, más bien, espíritus, en ocasiones, estas causan a aquellos que las presencian miedo y desconcierto, quedando asombrados y aturridos, sin poder discernir bien si viven en la locura o cordura. Por ejemplo, así relata uno de los personajes una aparición de una antigua amante durante su noche de bodas: «se me presentó Flor de Lis, vestida de blanco, con el cabello suelto y una flor de lis sobre el corazón» (Domingo Soler, 1925: 267). Mientras, su esposa describe el estado de este personaje durante el momento en el que se produjo la aparición: «vi a Leoncio desfigurado, con el cabello erizado y los ojos casi fuera de sus órbitas [...], parecía un loco hablando solo» (Domingo Soler, 1925: 263).

Tras observar estos aspectos, hemos aclarado por qué discrepamos con la idea que proponía el estudioso Pédeflous (2013) de que en los *Cuentos espiritistas* de nuestra autora, como todo texto espiritista, no se habla de espíritus malignos, del demonio o de apariencias materiales de fantasmas, rasgos más románticos que, según él, sí encontraríamos en textos fantásticos de Bécquer o Espronceda. No obstante, hemos podido observar que la obra que analizamos, además de inscribirse en las características propias de los escritos divulgativos de la doctrina, también posee ese carácter romántico y tenebroso al abordar la aparición de fantasmas e, incluso, posesiones diabólicas, elementos que aumentan el miedo y terror de los personajes y, quizás, también de los lectores de estos cuentos, aunque después la autora se encargue de proporcionar la explicación racional de esos fenómenos y recordar los beneficios de estar en contacto con el mundo del más allá y la doctrina espiritista.

En cuanto a las comunicaciones, estas siempre aparecen en el texto de la autora señaladas tipográficamente entrecomilladas, hayan sido recibidas mediante audio, es decir, al escuchar voces de espíritus, o mediante escrito, a través de la práctica de la escritura automática. Sea como fuere, para Amalia Domingo Soler «la comunicación tiene un fin más trascendental que el de satisfacer pueriles curiosidades humanas» (Domingo Soler, 1925: 116), ya que, sobre todo, las personas desean recibirlas para obtener consuelo, esperanza y tranquilidad tras la pérdida de sus seres queridos.

La vida y la muerte

Por su parte, el espiritismo también producía tranquilidad al responder a todas las cuestiones y dudas trascendentales que habían atormentado a nuestra autora durante toda su vida. Entre ellas, en sus cuentos son recurrentes las relativas a la vida y la muerte humanas como, por ejemplo: «¿Qué hubo ayer? ¿qué historia se desarrolla hoy? ¿qué epílogo tendré mañana?» (Domingo Soler, 1925: 17).

Además, también mencionamos ya la idea de que mientras que la vida, a menudo, estaba relacionada con el sufrimiento y las injusticias, la muerte era liberación y calma, un nuevo comienzo. De hecho, como apunta Correa (2015), en el discurso espiritista era frecuente que la palabra *muerte* fuese sustituida por sinónimos más acordes a su visión optimista del más allá como, por ejemplo, *tránsito*, *promoción* o *desencarnación*. Y, precisamente, esa libertad y serenidad que se ve en la muerte se debe a la idea de otra vida, de la reencarnación, considerada la mayor manera de justicia.

En suma, al contrario de lo que defiende la religión católica, para Amalia Domingo Soler la idea de la reencarnación y la traslación de almas es totalmente verídica y, de hecho, se justifica con los extraños y aparentemente inexplicables recuerdos que viven en la mente de algunas personas o con la increíble inteligencia y sabiduría que poseen algunos niños: «el hombre es un viajero que va dando la vuelta a los mundos hace miles de siglos; de otro modo no se puede comprender que haya niños precoces que asombran con su talento» (Domingo Soler, 1925: 119).

Esta idea de justicia tras la muerte terrenal también está totalmente ligada al tradicional tópico *omnia mors aequat*. Es decir, la muerte nos iguala a todos, es la gran niveladora de las diferencias sociales en vida insalvables, pues hace tabla rasa. Como declara nuestra autora en sus cuentos, al morir llegamos al «último refugio igualitario de los cementerios» (Domingo Soler, 1925: 38). También, como defendía Kardec, hablando sobre la igualdad de la tumba, exponía que esta «es la reunión de todos los hombres, y en ella terminan desapiadadamente todas las distinciones humanas [...]. El recuerdo de sus buenas y de sus malas acciones será menos percedero que su tumba, la pompa de sus funerales no le lavará sus impurezas» (1904: 350).

En cuanto a los *Cuentos espiritistas* de Amalia Domingo Soler, en estos la muerte, normalmente, siempre es fatal, causada por enfermedades o por el suicidio. En relación a este aspecto, podemos atisbar cierto fatalismo romántico, en el sentido de un destino trágico que se cierne sobre los personajes de la autora y que no pueden evitar. De hecho, también Kardec (1904) confirmaba la existencia de un destino para cada persona según las deudas procedentes de vidas pasadas que poseía su espíritu: «La fatalidad existe solo en virtud de la elección que ha hecho el Espíritu, al encarnarse, de sufrir tal o cual prueba. Eligiéndola, se constituye una especie de destino» (1904: 357). Sin embargo, se considera que estas pruebas

son físicas y que el espíritu conserva su libre albedrío en cuanto al bien y el mal, es decir, es dueño de decidir si ceder o resistir a los vicios o malas acciones.

Esto enlaza con la idea de que para la doctrina espiritista no existía un cielo e infierno como para la doctrina católica, sino que estos eran la representación del bien y el mal en la misma Tierra. Así mismo lo expresa nuestra autora:

Nunca me ha ilusionado el *cielo* de las religiones con el trono esplendente de Dios, donde éste está sentado entre coros angélicos, castas vírgenes y bienaventurados por mansedumbre evangélica. De igual manera, tampoco el *infierno* bíblico con su fuego eterno y Lucifer presidiendo aquel antro de condenados ha podido hacerme recelar que mi alma pudiera un día habitarlo (Domingo Soler, 1925: 78).

Por tanto, según Kardec (2020), el paraíso y el infierno de los que habla la religión cristiana solo existen en la imaginación de los seres humanos, es fruto de un intento de materializar algo cuya esencia infinita no podemos comprender. De igual modo, como expone en su obra *El evangelio según el espiritismo* (2011), el purgatorio al que se refiere la Iglesia, para los espiritistas existe en la propia Tierra, donde, como señalábamos, se da la expiación de faltas y deudas contraídas en vidas pasadas. Esta idea también la suscribe Amalia Domingo Soler: «La vida en la tierra, en su desenvolvimiento y desarrollo, tiene *cielos, purgatorios e infiernos*» (Domingo Soler, 1925: 78).

Siguiendo con el tema de la muerte, Hartmann (2012) apunta cómo los espíritus que normalmente se comunican de manera más urgente directamente con los humanos vivientes o a través de los médiums son aquellos víctimas de accidentes fatales, suicidas o que fueron privados prematuramente de su vida terrestre. Es decir, no es común recibir comunicaciones de espíritus que vivieron una vida terrestre plena y feliz o que no hayan dejado alguna conexión pendiente con alguien o algo perteneciente a la vida terrenal. Este aspecto se confirma al leer la obra de nuestra autora, en la que se observan comunicaciones de espíritus que siempre tienen el objetivo de calmar y consolar a sus destinatarios.

Para Gras Balaguer, el suicidio es la solución para el hombre romántico que no ha conseguido reconciliar su «yo» con su alteridad, «sintiendo una profunda impotencia que sólo supera eligiendo libremente la muerte. La solución a su eterno conflicto entre el deseo y la realidad» (1983: 44). De esta manera, se deposita en el suicidio la esperanza de volver a nacer, de tener otra oportunidad distinta a la vida trágica y llena de dolor que se vive. Como sigue apuntando Gras Balaguer (1983: 45): «En la muerte, el alma romántica encuentra a su vez la liberación de la finitud». Así, paradójicamente, la muerte es una nueva oportunidad de vida.

El amor

El amor romántico

Esta concepción romántica del suicidio está totalmente relacionada con el amor. Como asegura Gras Balaguer: «En el amor romántico hay una aceptación de la autodestrucción y del pathos trágico que le es inherente» (1983: 44). Este tipo de amor incrementa considerablemente la insaciabilidad de deseo del romántico y, por ello, se convierte en vehículo de la muerte o, más bien, del suicidio, donde la pasión y el amor encuentran su mayor extinción. Por ello, el personaje herido por un amor imposible sufre una existencia desvitalizada y vacía, un rechazo del mundo, una muerte en vida. Así, en los *Cuentos espiritistas* encontramos la típica dialéctica romántica de los opuestos que se retroalimentan como, por ejemplo, vida/muerte, amor/muerte o placer/dolor.

Como exponen Pacheco y Vera (1998: 90): «el héroe romántico siente el peso de la realidad, de un mundo positivista y utilitario que destruye sus ensoñaciones cósmicas, sus anhelos de plenitud y lo induce al suicidio, a la autoinmolación». Por tanto, el suicidio es visto, según los cánones románticos, como un acto heroico con el que el sujeto puede ser libre eligiendo el momento de su propia muerte, triunfando sobre la realidad trágica que le ha tocado vivir. Como puede observarse, la literatura romántica se centró en numerosos procesos psicológicos y sentimentales, en los estados del individuo y sus pasiones e impulsos, reflejando las complejidades más profundas de la mente del yo.

No obstante, estas formas de representación románticas en el ámbito de la escritura y literatura suponían un problema para las mujeres escritoras, ya que «no podían asumir la oportunidad que les ofrecían para desvelar la experiencia personal y el lenguaje cotidiano, por tanto no podían identificarse con el sujeto creador masculino y tampoco con el objeto femenino que éstos reproducían» (Soler Arteaga, 2017: 122). Puede que, por ello, la solución que adoptó Amalia Domingo Soler fuera relatar en tercera persona las relaciones de otros personajes, sobre todo las amorosas de tipo romántico.

Estas historias de amor imposible son «enfocadas por Amalia Domingo como la cínica y cruel realidad de una sociedad en la que no existe espacio para este» (Ortega, 2008: 237). Se trata de historias amorosas fuera de la norma decimonónica y, por tanto, imposibles de realizar dentro de esa sociedad. Un ejemplo de esto sería un personaje llamado Pedro, quien confesó: «Amaba a Juanita con toda mi alma. Pero no podía aspirar a su mano, porque ella era rica y yo pobre [...]. Como la vida sin ella me era odiosa, resolví morir» (Domingo Soler, 1925: 156).

Como sabemos, el amor se convierte en uno de los ejes y temas principales del movimiento romántico, normalmente envuelto en una actitud de tristeza, melancolía y sueño irrealizable y su consecuencia, como declara Navas Ruiz, es la infelicidad: «las dificultades se amontonan, el destino se interpone y la cara final de la pasión es la muerte trágica o el amargo desengaño» (1973: 28). Por ello, los

amantes de los cuentos de Amalia Domingo Soler, los cuales se describen como locos de amor y violentamente enamorados, ante la imposibilidad de tener una relación, ya sea por convenciones sociales o por la muerte de uno de ellos, eligen el suicidio como vía de escape, como la alternativa que les permitirá estar juntos: «si te pierdo, me moriré; ¡sin ti no quiero la vida!» (Domingo Soler, 1925: 214). O, por otra parte, en otras ocasiones, simplemente mueren de tristeza. Esto es el amor *plus ultra* del que habla Ortega (2008), el amor más allá de la muerte: «a los tres meses de morir Sofía, murió él de consumación, diciendo poco antes de lanzar su postrer suspiro: —Me voy porque ella me espera» (Domingo Soler, 1925: 172).

Este concepto se vuelve a relacionar con el tema de la reencarnación, ya que existen personas que en la Tierra simpatizan debido a que fueron amantes en otras vidas, sus espíritus se recuerdan y, por esta razón, se aman y sienten la necesidad de estar juntos. Esto es sabido gracias a una comunicación que recibe desde el más allá uno de los personajes de Amalia Domingo Soler por parte de su mujer fallecida, quien sentía un gran e inexplicable amor y cariño por un niño (Elías) y, al morir, recuerda que esto se debía a que fueron amantes en numerosas vidas pasadas. Mientras hay amores que nacen en la propia Tierra, otros ya vienen de otros mundos y otras vidas, así se lo explica a su marido a través de la escritura automática:

Elías era tan simpático para mí. Juntos sucumbimos en el circo de Roma; juntos hemos sido descuartizados por los caballos del desierto; juntos nos han quemado en las hogueras de la Inquisición; juntos hemos sido degollados en la memorable noche de San Bartolomé [...]. Por eso en la tierra, con ser tantos los amores que me rodeaban, me faltaba algo, ¡sentía que me faltaba él! (Domingo Soler, 1925: 173-174).

El amor maternal y familiar

Volvemos a observar cómo la figura de los niños es realmente importante para nuestra autora, estos son vistos como seres totalmente puros, ángeles y sabios, por lo que se deben proteger, sobre todo porque suelen ser los más indefensos y descuidados por la sociedad que los rodea, de ahí que se dé una constante denuncia social en la obra. Este aspecto angelical y santo que Amalia Domingo Soler concede a los niños también es un rasgo propio del movimiento romántico. Siguiendo a Pacheco y Vera, los autores románticos defendían la idea de que «el niño es como Adán antes de comer de la manzana, está todavía cerca de Dios, un ser divino en un mundo que se ha alejado de Dios. Los niños son los verdaderos sacerdotes de la humanidad y pueden ser incluso intermediarios entre Dios y los adultos» (1998: 197).

Así, célebres autores románticos como, por ejemplo, Schiller, según indica Hugh, exponen que el niño es lo que deberíamos volver a ser, puesto que los infantes son lo que antes éramos los adultos, alegando que «en tiempos fuimos

naturales como ellos, y nuestra cultura debe, por vía de la razón y la libertad, hacernos regresar a la naturaleza» (1981: 322). Es decir, al fin y al cabo, los niños representaban esas capacidades que los adultos habían perdido. Por su parte, también Wordsworth elaboraba en sus obras un culto a los más pequeños, creyendo que eran un «vínculo con el mundo natural y el sobrenatural, situados más allá de la comprensión humana» (Hugh, 1981: 324).

Estas ideas son absolutamente compartidas por nuestra autora, quien valora con totalidad la figura de los niños, su inteligencia, inocencia y pureza de alma, además de conexión con el mundo espiritual e, incluso, místico, sagrado y religioso. Esta es la razón por la que en sus *Cuentos espiritistas* ellos son unos de los principales protagonistas, así como su cuidado y protección, que resulta un aspecto crucial para el buen progreso de la sociedad en general. Por tanto, la educación, la atención y el amor familiar, sobre todo el maternal, son para Amalia Domingo Soler factores decisivos para el correcto desarrollo de los niños y, consiguientemente, el conveniente comportamiento de los adultos del futuro: «dos palabras divinas, dos frases que valen más, mucho más, que todo cuanto se ha escrito en los libros sagrados de las diversas religiones que han ido educando y civilizando la humanidad; esas dos palabras eran: *¡amor maternal!*» (Domingo Soler, 1925: 21-22).

Así, este interés por la infancia se traduce en la obra de nuestra autora, por un lado, en exaltar el mundo de los más pequeños, al igual que numerosos autores románticos y, sobre todo, pintores, quienes «intentaron recuperar el paraíso perdido de la niñez entregándose a una visión ingenua de la brillantez y hermosura de la naturaleza». (Hugh, 1981: 325). Del mismo modo, Amalia Domingo Soler plasma mediante sus palabras toda esa atmósfera cándida e inocente que envuelve a los niños. Uno de los numerosos ejemplos donde podemos apreciar esto sería el cuento titulado «Los juguetes» (Domingo Soler, 1925: 249).

Por otro lado, el tema del mundo infantil también se aborda a través de la crítica, recalando, al mismo tiempo, la importancia de la unión y el amor de la familia para la supervivencia y felicidad de los niños, así como su exitoso desarrollo como adultos, tal y como apuntamos recientemente: «Muchos criminales, muchas prostitutas han declarado, al hacer su última confesión, que en su hogar no habían recibido sino frialdades y humillaciones de los que les dieron el ser» (Domingo Soler, 1925: 67).

La denuncia social

Como defiende Mateo Avilés (2011: 41): «Desde sus primeros pasos en los países europeos, el espiritismo trabó íntima relación con el vegetarianismo, la homeopatía, el feminismo, la masonería y los movimientos sociales más avanzados, como el socialismo en sus distintas tendencias». También, siguiendo a Pédeflous (2013), sabemos que el espiritismo toma elementos tradicionales del cristianismo, como los que ya se han ido destacando anteriormente, así como ideas

del platonismo (dualidad cuerpo/alma), pitagorismo (reencarnación), anticlericalismo (crítica a la Iglesia católica), movimiento krausista (fe fundada en la razón y la ciencia), anarquismo (rechazo de algunos aspectos de la religión católica y defensa de la racionalidad), reformismo social y regeneracionismo (regeneración del individuo y de la sociedad mediante la educación y la moralización). Pero, pese a que recoge ideales de todas estas corrientes de la época, «el espiritismo no deja de ser una doctrina original que ha enriquecido la imaginación popular y literaria hasta nuestros días» (2013: 152).

Además, esta doctrina fue mayormente difundida por mujeres, como la autora que protagoniza este trabajo. Tal y como expone Correa (2019: 126-127):

Bien fuera mediante la voz de otros [de los espíritus] o gracias a su propia voz, es decir, médiums o difusoras del fenómeno, lo cierto es que la presencia femenina en el espiritismo resultó muy abundante y [...] vinculada frecuentemente con las reivindicaciones sufragistas o con la lucha por los derechos civiles de las mujeres.

Así, el espiritismo se convirtió en ese espacio donde las mujeres pudieron conectar con los movimientos a favor de la liberación de la mujer, dentro de una sociedad caracterizada por «la subordinación, la invisibilidad, la exclusión y la inferioridad legal de las mujeres, relegadas casi siempre al papel de madres de familia y cuidadoras del hogar y de la prole, sin autonomía personal» (Mateo Avilés, 2011: 196).

De hecho, el propio Allan Kardec era defensor de la emancipación de las mujeres, sin la cual la humanidad no avanzaría hacia el progreso: «era partidario de la plena igualdad de derechos entre los sexos, de abolir los privilegios masculinos y modificar los códigos civiles y penales borrando de ellos la discriminación sexual» (Ramos Palomo, 2005: 74).

Sin embargo, aunque el espiritismo contribuyó a que se difuminaran las líneas divisorias entre los espacios públicos y privados e intentase redefinir conceptos como las relaciones sociales de género, el matrimonio o la familia desde puntos de vista más igualitarios, esto se realizó, como indica Ramos Palomo (2005: 69): «sin trastocar los papeles tradicionales de “esposo protector” y “madre amantísima”». Por tanto, las mujeres continuaban poseyendo la responsabilidad de dirigir la educación de sus hijos, así como de desempeñar las labores femeninas del ámbito doméstico, algo que también defendía nuestra autora en sus cuentos.

Esa regeneración y progreso humano y social por el que tanto se preocupaba Amalia Domingo Soler y, en general, todos los espiritistas, solo podía alcanzarse, según ella, mediante la educación, defendiendo la formación de las mujeres, sobre todo las de clase obrera y las viudas, quienes debían valerse por sí mismas en un mundo y sociedad donde el respaldo masculino era indispensable. Incluso, cuando la necesidad de una educación femenina más favorable comenzó a calar en la

sociedad de finales del siglo XIX, las razones para esta eran, según explican Matilla Quiza y Frax Rosales (1995), que la mujer cumpliera mejor con los deberes de su sexo, o sea, con sus responsabilidades de esposa y madre.

Así, los defensores de la educación de la mujer argumentaban que más que ser esta una cuestión peligrosa, era el único medio para alcanzar el ideal moderado de mujer, ya que la falta de educación tradicional no les generaba ningún beneficio a los hijos y maridos de las mujeres ni a la sociedad, consiguientemente. Como afirman Vidal Galache, F. y Vidal Galache, B. sobre el pensamiento de los siglos XVIII y XIX en cuanto a este tema: «algo había que enseñarles a las mujeres de posición, porque una madre de familia ignorante no podría contribuir a la formación de los nuevos ciudadanos» (2005: 102).

Sea como fuere, Amalia Domingo Soler estaba decidida a potenciar el derecho a la educación de las mujeres y elevar su nivel cultural, esta fue una constante en su vida y que, por supuesto, también se refleja en sus obras. No obstante, «Amalia no podrá evitar mostrarse en ocasiones un tanto derrotista y muy dolida por el estado de atraso a tantos niveles en que consideraba que se encontraba España» (Correa, 2019: 134-135), un atraso del que culpaba a la Iglesia, en gran medida, como también expone la estudiosa Correa (2007). Su pena por la situación de la mujer y por la falta de evolución o progreso de la sociedad española relativa a cuestiones sociales es bastante visible en sus *Cuentos espiritistas*, donde admira la fuerza de numerosas mujeres y se lamenta de las injusticias sociales: «sintiéndome muy pequeña en comparación de esos espíritus de luz, envidia sus virtudes y exclamo melancólicamente: ¡Qué almas tan buenas!» (Domingo Soler, 1925: 248).

En definitiva, la empatía y el sentimiento de obligación que sentía Amalia Domingo Soler por defender los derechos de los más desfavorecidos no solo era un concepto propio del espiritismo, sino también del Romanticismo, como defiende Arkinstall (2014: 47): «Sympathy was also an essential element in a Romantic aesthetic that sought to balance reason with emotion». Lo mismo afirman Pacheco y Vera sobre los escritores del *Sturn und Drang*, los cuales «se dan cuenta de la contradicción existente entre el ideal ilustrado y la opresiva realidad social en que viven; quieren mostrarla a sus contemporáneos y provocarlos. Por eso, su literatura trata siempre motivos sociales y con frecuencia antiautoritarios» (1998: 142). Por tanto, esto conjuga totalmente con las ideas que expone nuestra autora en su obra, desde la denuncia social hasta un marcado anticlericalismo, expresado desde su impotencia y tristeza, usando la doctrina espiritista como mejor herramienta para lograr el progreso y cambio individual y colectivo.

CONCLUSIONES

Tras analizar estos *Cuentos espiritistas* de Amalia Domingo Soler, podríamos decir que la autora se inscribiría dentro del espiritualismo ecléctico del que habla

García Tejera (2007), en el sentido de que apuesta por una postura conciliadora o ecléctica al intentar demostrar la validez de sus ideales y de la doctrina espiritista con un estilo bastante cuidado en el que combina opuestos como son las referencias a la cultura grecolatina e, incluso, otras culturas más allá de la clásica como, por ejemplo, la egipcia, y, también, el genio y características propias del Romanticismo. De este modo, nuestra autora se vale de la autoridad, prestigio y sabiduría de la cultura clásica para apoyar sus ideas y, por su parte, también de sus sentimientos y sucesos más románticos, ya que, siguiendo a García Tejera (2007: 171):

Mientras el Clasicismo supone la perfección de las *formas*, una mayor riqueza de *imágenes* y desarrolla una literatura *materialista* que cultiva la realidad, el mundo físico y las formas, el Romanticismo representa la profundidad de las *ideas*, la elevación de los *sentimientos* y promueve una literatura *espiritualista e idealista*, que se origina en el Cristianismo.

Todas sus ideas y argumentaciones ideológicas son presentadas mediante variados recursos, tal y como se ha observado al analizar su estilo, y a través de múltiples temas, lo que nos hace valorar la calidad literaria de su obra, cuyo objetivo último es difundir los valores de la doctrina espiritista y dejar constancia de su postura filosófica y humanista, defendiendo el librepensamiento, la educación y, por supuesto, el espiritismo en general, a la vez que se critican los defectos de la sociedad en la que vivía, señalando a los culpables de esta que, en gran medida, para ella, era la Iglesia católica. Por ello, el matiz moral y didáctico de la obra es totalmente visible, así como la sensibilidad y preocupación de la autora por el futuro de la humanidad, transmitiendo estos sentimientos a los lectores con el fin de provocar en ellos una reflexión y, consecuentemente, un cambio en la sociedad.

Así, su obra se configura como un compendio de testimonios que dan voz en la literatura a los integrantes de la sociedad más desatendidos, aquellos que no eran escuchados y que, a la vez, eran más necesitados y menos privilegiados. Viudas, prostitutas, huérfanos, obreros, presos, etc. junto a la burguesía decimonónica y, en definitiva, todas las víctimas sufridoras de cualquier dolencia tanto física como moral, se convierten en protagonistas de los cuentos de la autora, quien traslada a la esfera pública los relatos pertenecientes a la esfera privada e intenta combatir, de este modo, la ignorancia, injusticia y superstición religiosa, todo ello mediante la empatía y la fe racional que defiende la doctrina espiritista.

En este sentido, podríamos decir que Amalia Domingo Soler, además de ser médium como sujeto pasivo y canal por el que los espíritus se comunicaban con las personas vivientes, tal y como se expuso en su biografía, también fue médium entre las propias personas, es decir, a través de las historias que componen sus *Cuentos espiritistas* ella se convertía en intermediaria, poniendo su pluma y escritura al servicio de los demás, dando voz a aquellos que eran silenciados o que callaban por miedo a ser juzgados, porque, recordemos que, normalmente, la

autora era receptora de las historias del más allá y de las insólitas apariciones de espíritus y comunicaciones que habían recibido los personajes de sus cuentos, los cuales eran amigos y conocidos reales suyos.

En definitiva, tras el análisis de los *Cuentos espiritistas*, apreciamos y valoramos considerablemente tanto esta obra como la figura de su autora, Amalia Domingo Soler, por ser una mujer librepensadora que, con gran elocuencia, usaba la literatura como arma para la liberación de sus ideas, para su convencimiento y difusión, como una verdadera herramienta de transgresión social.

Asimismo, al realizar esta investigación cumplimos con el objetivo de recuperar parte del patrimonio literario español y, concretamente, asomarnos a la escritura femenina del siglo XIX, resaltando la faceta más literaria y narrativa de la autora estudiada, mucho menos conocida y abordada que su labor propagandística y periodística.

BIBLIOGRAFÍA

- ARKINSTALL, C. (2014): «Transcribing the Past, Writing the Future: Spiritism, Feminism, and an Aesthetics of Emancipation in the Writings of Amalia Domingo Soler (1835-1909)», en C.Arkininstall, *Spanish female writers and the freethinking press, 1879-1926*, pp. 23-60.
- BAUTISTA, B. J. (1930): *A.B.C. del Espiritismo: las fuerzas ocultas y su clave*, Librería de la Vda. de J. B. Bergua.
- BERNAL CREUS, M. C. (2005): «Mística i espiritisme: la fascinació per l'altra riba. Amàlia Domingo Soler i Eulàlia Anzizu i Vila», *Anuari Verdaguier*, 13, pp. 23-39.
- CHAVES, J. R. (2020): *Isis modernista: escritos panhispánicos sobre teosofía, espiritismo y el primer Krishamurti (1890-1930)*, Bonilla Artigas Editores.
- CORREA RAMÓN, A. (2000): «Librepensamiento y Espiritismo en Amalia Domingo Soler, escritora sevillana del siglo XIX», *Archivo hispalense: Revista histórica, literaria y artística*, 83, 254, pp. 75-102.
- (2007): «Amalia Domingo Soler, la fuerza del espíritu», *Andalucía en la historia*, 17, pp. 68-73.
- (2015): «Ce que dit la bouche d'ombre: Amalia Domingo Soler y la revelación hispano de las sombras», En M. Á. García García, Á. Olalla Real y A. Soria Olmedo (coords.), *La literatura no ha existido siempre para Juan Carlos Rodríguez, teoría, historia, invención*, Universidad de Granada, pp. 105-119.
- (2016): «'Nada te turbe, nada te espante': tres lecturas 'disidentes' de Teresa de Jesús en el 'fin de siglo hispano'», *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 32, pp. 126-148.

- (2017): «Revisitaciones de Teresa de Jesús desde el otro lado: la doctora mística y el espiritismo finisecular», *Acta literaria*, 54, 83-98.
- (2019): *¿Qué mandáis hacer de mí?: una historia desvelada de relecturas teresianas en el contexto cultural de entresiglos*, Editorial Iberoamericana: Vervuert.
- DOMINGO SOLER, A. (1904-1905): *¡Te perdono! Memorias de un espíritu*, Carbonell y Esteva.
- (1912): *Memorias de la insigne cantora del espiritismo*, Maucci.
- (1923): *Sus más hermosos escritos*, Maucci.
- (1925): *Cuentos espiritistas*, Maucci.
- (1997): *La Luz del Porvenir*, Centro Espírita “La Luz del Camino”.
- DOMINGO SOLER, A. y C.FERNÁNDEZ (1990): *Memorias de una mujer*, Amelia Boudet.
- GARCÍA TEJERA, M. C. (2007): «Las huellas del Espiritualismo Ecléctico en las ideas literarias de Donoso Cortés», en M. C. García Tejera, I. Morales Sánchez, F. Coca Ramírez y J. A. Hernández Guerrero (eds.), *Lecturas del pensamiento filosófico, político y estético: XIII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo (1750-1850)*, Universidad de Cádiz, pp. 159-172.
- GRAS BALAGUER, M. (1983): *El Romanticismo: como espíritu de la modernidad*, Montesinos.
- GRAUS, A. (2019): *Ciencia del espiritismo en España, 1880-1930*, Editorial Comares.
- HARTMANN, E. (2012): «Spiritism», en S. McCorristine (ed.), *Spiritualism, mesmerism and the occult, 1800-1920*, Pickering & Chatto, vol. 5, pp. 161-246.
- HUGH, H. (1981): *El romanticismo*, Alianza.
- KARDEC, A. (1904): *El libro de los espíritus*, Compañía del Gramófono.
- (2011): *El evangelio según el espiritismo*, Consejo Espírita Internacional.
- (2020): *El cielo y el infierno o la justicia divina según el espiritismo*, Confederación Espiritista Argentina.
- LÓPEZ GÓMEZ, Q. (1926): *Glosario de palabras nuevas o poco comunes usadas en psicología experimental, metapsíquica, ciencias ocultas y espiritismo*, Talleres gráficos de José Ventayol Vilá.
- MATEO AVILÉS, E. (2011): *Espiritistas y teósofos en Andalucía (1853-1939): perseguidos y olvidados*, Sarriá.
- MATILLA QUIZA, M. J. y E. FRAX ROSALES (1995): «El Siglo XIX», en M. Ortega López (coord.), *Las mujeres de Madrid como agentes de cambio social*, Universidad Autónoma de Madrid, pp. 57-167.
- MCCORRISTINE, S. (ed.) (2012): *Spiritualism, mesmerism and the occult, 1800-1920*, Pickering & Chatto, vol. 2.
- NAVAS RUIZ, R. (1973): *El romanticismo español: historia y crítica*, Anaya.

- ORTEGA, M. L. (2008): «Amalia Domingo Soler: la escritura “plus ultra”, entre deseo y comunicación», en P. Fernández y M. L. Ortega (eds.), *La mujer de letras o la letraherida: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 222-243.
- PACHECO, J. A. y C. VERA SAURA (eds.) (1998): *Romanticismo europeo: historia, poética e influencias*, Universidad de Sevilla.
- PÉDEFLOUS, J. (2013): «El espiritismo de Amalia Domingo Soler dentro de la cultura de fin de siglo», *Journal of Hispanic Modernism*, 3-4, pp. 148-156.
- RAMOS PALOMO, D. (2005): «Heterodoxias religiosas, familias espiritistas y apóstolas laicas a finales del s. XIX: Amalia Domingo Soler y Belén de Sárraga Hernández», *Historia social*, 53, pp. 65-84.
- REGUEIRO SALGADO, B. (2009): *La poética del segundo romanticismo español*, Universidad Complutense de Madrid.
- SANTA TERESA (2014): «Castillo interior», en T. Álvarez (ed.), *Obras completas de santa Teresa*, Monte Carmelo, pp. 769-985.
- SIMÓN PALMER, M. C. (1993): «Amalia Domingo Soler: escritora espiritista (1835-1909)», en A. Lorente Medina, J. Romera Castillo y A. M. Freire López, *Homenaje al profesor José Fradejas Lebrero*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, vol. 2, pp. 730-744.
- SOLER ARTEAGA, M. J. (2017): «Amparo López: espiritismo y poesía en España», en E. M. Moreno Lago (coord.), *Mujeres y márgenes, márgenes y mujeres*, Benilde, pp. 121-133.
- VICENTE VILLANUEVA, L. (2018): «Amalia Domingo Soler (1835-1909): espiritista y feminista», en E. Higuera Castañeda, R. Pérez Trujillo y J. Vadillo Muñoz (coords.), *Activistas, militantes y propagandistas: Biografías en los márgenes de la cultura republicana (1868-1978)*, Athenaica, pp. 63-82.
- VIDAL GALACHE, F. y B. VIDAL GALACHE (2005): *De princesas, señoras y otras clases de mujeres*, Universidad Nacional de Educación a Distancia.